

UNIV. OF ARIZONA
863.67 G195 1926 mn
Gana, Federico/Cuentos completos



3 9001 03978 6077

FEDERICO GANA

C U E N T O S



N A S C I M E N T O

77

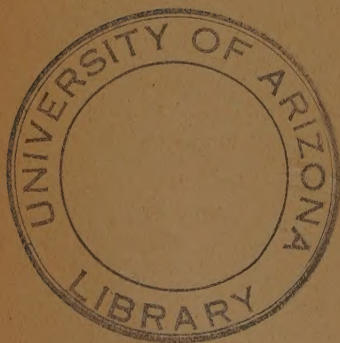
Federico Gana

Cuentos Completo

Editorial Nascimento

Santiago - Chile - 1926

ES PROPIEDAD DE LA SUCESIÓN
Inscripción N.º 372



863.67
G 195
1926

Prólogo

58/59-0

FEDERICO GANA

En la redacción de un diario político,—periódico ad-hoc para una candidatura presidencial,—conoci a Federico Gana, hace casi veinte años.

Ambos estábamos embutidos en el periódico, cuyo director—un cincuentón adiposo, de porte encumbrado y gruesos bigotes, con arquitectura de huaso sureño y con un ojo color de aluminio,—nos mantuvo con halagadoras expectativas de unos sueldos, que nunca vimos, durante más de medio año, fabricando artículos, informaciones, comentarios, editoriales, hasta versos...

Era reposada y señorial, dentro de su negligente sencillez, la figura de Federico Gana, y, apesar de que nos distanciaban luengos años, fraternizamos en seguida en una amistad sincera y perdurable, que fué también constante camaradería, y, para mí, alentadora voz de maestro en aquellos buenos tiempos de mi iniciación literaria.

Por esa época, el futuro autor de «Días de Campo»,

había publicado algunos cuentos que delataban su recia envergadura de escritor sustancioso y original,—«La Señora»,—entre ellos, considerado como una pequeña obra maestra que encendió súbitamente su prestigio en los cenáculos intelectuales.

En la heredad paterna, según apuntes de su puño y letra, que conservo, una vasta hacienda de la provincia de Linares, a donde se retiró para reconfortar su salud, empezó a escribir, por entretenimiento, sus romances campesinos.

Antes, y mientras estudiaba leyes en la Universidad de Chile, formó parte de la redacción del periódico «La Actualidad», junto con don Enrique Matta Vial y don Julio Vicuña Cifuentes; y apenas recibió su título de abogado, el Gobierno lo designó Secretario de la Legación chilena en Londres, en donde permaneció hasta que suprimió el puesto la Junta Revolucionaria de 1891.

En Europa, — ¡cuántas veces me entretuvo con sus pintorescas confidencias! — hizo más vida de artista que de diplomático, impulsado por ese irreductible espíritu vagabundo que perduró en su ser. El fué, en Chile, el último bohemio legítimo, de cuerpo y alma; bohemio arrancado de las páginas de Murger; pero sin perder los quilates de su nobleza, ni los aires de su caballerosidad.

De regreso a Chile, en 1892, empezó a ejercer su profesión de abogado, colaborando en el bufete de don Marcial Martínez, el Magno, en compañía de don Javier A. Figueroa.

Pero no era la aridez de los códigos para retener mucho tiempo la atención de Federico Gana; y su espíritu

gitano empezó a peregrinar sin rumbo, paseando su abulia, durante más de un cuarto de siglo, por todos los rincones de la metrópoli santiaguina; perdiéndose largos meses de las redacciones de diarios y revistas, para aparecer tranquilamente cualquier día, con su talante risueño y su voz asordinada, contando el argumento de un cuento en proyecto, o leyendo una «manchita»...

Era un ultra alucinado, que miró las grandezas de la vida con sincero desdén, y que no tuvo nunca el sentido concreto de la realidad.

Montado en la burra de Balaam, se echó a pasear por la luna; y sólo cuando la bestia tropezaba muy recio, Federico abría sus ojos y endilgaba un momento hacia la tierra.

Su obra literaria, que pudo ser muy vasta, resulta escasa. Total veinte cuentos y treinta o cuarenta impresiones sintéticas, estados de ánimo, paisajes, que él denominaba «Manchas de Color»; muy hondas algunas; muy delicadas, muy sutiles casi todas.

Su irremediable desorganización espiritual truncó todos sus propósitos, entre ellos el de reanudar sus tareas profesionales.

Veinte años vivió repitiendo:

—El lunes empezaré a ejercer mi profesión de abogado...

Veinte años pasó, también, hablando de su novela «La Palanca», que no empezó nunca.

Habría hecho un libro interesante, porque tenta aguda pupila de observador y narraba con donaire, de lo cual dan testimonio los bellos cuentos que la Editorial Nasci-

mento ha reunido en este volumen, dentro del cual van los «*Días de Campo*», que ya habían sido solicitados para traducirlos al inglés.

Los cuentos campesinos de Federico Gana fueron primerizos en la literatura chilena; y justo es reconocerle la parcela que le corresponde a quien nunca reclamó nada para sí, con un desprecio franciscano de todos los bienes de la tierra.

Un día, muy lejano ya, llegó Federico a buscar sus arreos para partir a la hacienda.

—¿A dónde vas?—le preguntaron en su casa.

—Al Rosario, a la siembra...

—Pero si el Rosario te lo remataron hace dos meses...

Federico se quitó filosóficamente sus arreos, y desapareció por otros dos meses.

En el umbral de la agonía, sereno, estoico, risueño, tuvo una frase sinceramente irónica:

—Todo lo que me ha pasado se debe a que he sido escritor...

Y mansamente se durmió, hilvanando, acaso, un bello cuento que ha ido a terminar en la eternidad.

TOMÁS GATICA MARTÍNEZ.

Junio de 1926.

PRIMERA PARTE

Cuentos inéditos, y recopilados de revistas y periódicos

Confidencia

La trilla había terminado por fin ese día. Y en la tarde, mientras las primeras estrellas principiaban a brotar dulcemente del cielo sin nubes, yo estaba muellemente recostado en la enorme éra de paja.

Hasta mí llegaban en la calma del atardecer, los ruidos del hondo camino real vecino: traqueteos de carretas, cantares vagos, ladridos de perros, todo envuelto en confusas nubes de polvo. A mis espaldas, en la región de los potreros y las vegas, principiaban las ranas y sapos a ensayar su melopea al crepúsculo.

Contemplaba tranquilamente, sumergido en suave embriaguez, el gran motor mudo e inmóvil; el enorme cono de trigo que se ensombrecía poco a poco, las casas bajas del mayordomo, que tenía al frente; la enorme masa de los Andes, que servían de fondo a las múltiples alamedas que se proyectaban muy pequeñas. Ahí cerca escuchaba el suave rumor de las aguas del estero, desli-

zándose suavemente, besando las húmedas raíces de los grandes sauces llorones. Todo era tranquilidad, dulzura, preludios del hondo silencio de la noche.

De pronto, muy cerca de mí, en el gran montón de paja, escuché una conversación. Era un diálogo lento o desmayado, interrumpido por suspiros, bostezos, largos intervalos de silencio. Eran dos trabajadores que se hacían confidencias.

—Sí, Juan, decía uno, es buena, buena mujer la Tomasa. Yo la conocí cuando estaba casada con don Sosa. ¡Qué vida la de ella! Lavar, aplanchar, coser, hacer la comida; recogerlo todos los sábados borracho de los negocios donde iba el caballero y traerlo a él y a su yegua a su casa en la tarde. Nunca pedía un cinco ni decía una palabra; ella bastaba para todo; y tu te acuerdas lo «chatre» que andaba el viejo; todos los sábados camisa limpia, ropa nuevecita; parecía un caballero. ¡Y cuando se enfermó, qué de trajines para cuidarlo, para el entierro! Y ¿cómo fué, Juan, cuando se concertaron?

—Aquella noche don Bartolo había ido a las Tres Esquinas; no tenía cobre, porque todo lo debía a la hacienda; llegan unos niños y me convidan con un trago de ponche, y vamos poniéndole... Tanto le puse, que, según me contaron, como andaba mal comido hacía días, ahí me quedé dormido cerca de la vara. Pasa la Tomasa, me ve, me remece—usted sabe las fuerzas que tiene—me levanta... y yo a tastabillones, y así del brazo, me lleva hasta su casa, con mi sombrero bien apretado en la mano. Cuando al día siguiente desperté, durmiendo en el corredor, al lado de la quinchá, ella estaba parada

frente a mí, don Bartolo, con un mate en la mano. Cuando me dijo muy seria: Juan, sírvase este matecito, le hará bien, no sé qué me dió de decirle: Tomasa, ¿quiere que me quede aquí para que vivamos juntos siempre? Al oirme, ella se alejó callada, pero ví que le había gustado; y así me he ido quedando todos estos días allá hasta que me resolví. ¿Qué le parece?

—Muy bien, Juan, como te dije, la Tomasa es una mujer de esas que mandan. Tú eres solo, no tienes a nadie por estos contornos; es cierto que ella es mucho mayor que tú, podría ser tu madre, pero mejor, porque te librará de los peligros. ¡Qué vida vas a llevar! Te envidio. Tú trabajarás para ti, y ella para ti y para ella, como debe ser. El hombre no debe casarse sino cuando sea su conveniencia. Y yo, fíjate, Juan, yo que ya soy un viejo ¿qué hice? ¡la *burrá* del siglo! Hace varios años de esto. Llega la señora de Santiago, y trae una chiquilla nada fea, muy elegante, parecía que no pisaba en el suelo. Y ahí le da al patrón y a la señora, porque yo me reía con la chicuela, que nos habíamos de casar; y así se hizo. Para qué te digo nada todo lo que tuve que padecer con ella después. ¡Qué yo no estoy acostumbrada a esto! ¡Qué yo soy una señorita! ¡Qué hombre más borracho! Y ella cuidándose sola, y el pobre Bartolo echando los pulmones para mantenerla a ella y al sartal de chiquillos que vinieron después. Para qué te cuento los pleitos y las patadas. ¡Qué voy donde el juez para que nos separemos! Y esto era de todos los días. ¡Naranjas! Y ahora que está vieja y ha puesto ese tambo que tiene, a mí no me gusta, porque todo seré yo, pero

que le anden con historias a las chiquillas, eso sí que no lo aguanto! Pero ella manda. Qué el negocio; qué no seas bruto; qué lo echas todo a perder!

—En fin, que estoy viejo, enfermo y fregado por haberme casado con una china aseñorada! No diré que sea mala, Juan, porque todo lo hace por vivir. Muchas veces el patrón me dice riéndose, cuando me paga: ¿cómo le va don Bartolo, con la María? Y yo tengo que contestarle; ahí lo pasamos, patrón, entre un garrotazo y una patada. ¡Cásate, cástate luego con la Tomasa, Juan! ¿Qué te falta?

—Algunos medicitos a los que ella va a juntar, y después ir donde el cura don Delfín, para que nos ponga las bendiciones.

Y mientras escuchaba este diálogo íntimo, me imaginaba a los dos interlocutores: Juan Sierra, muchacho de veintitantos años, alto, de anchas y gruesas espaldas, de tipo araucano, peón solitario y vagabundo, que de cuando en cuando, aparecía por la hacienda, y don Bartolo Sepúlveda, inquilino del fundo, vejete de setenta años, célebre en el lugar por sus eternas y risibles reyertas con su mujer, la vieja María.

La noche había caído ya por completo; infinitas estrellas brillaban en el negro cielo sin luna; la inmensa vía láctea parecía titilar también, acercándose a la tierra.

Y en el profundo silencio, aquella banal conversación de dos gañanes campesinos que hablaban confidencialmente de sus pequeñas vidas miserables, ofrecíame un interés tan hondo como los millares de mundos resplandecientes que rutilaban sobre mi cabeza.

Un amigo

Esta fresca mañana de Febrero, en el campo, mañana de sol suave y cielo azul, sin una nube, trae a mi recuerdo imágenes de mi lejana adolescencia.

Me veo joven, lleno de vida y esperanza en el porvenir; como en una rápida cinta cinematográfica acuden sin cesar a mi imaginación hechos olvidados, paisajes, emociones, tan vivas de entonces, que me parecen sentir las todavía.

Veo la casa vieja, el estero que la bordeaba, los sauces que le daban sombra, las aguas que corrían sin ruido entre las raíces descubiertas de las pataguas, de los arrayanes, al sol que en grandes rayos penetraba curioso entre el ramaje, escucho el canto de las aves que perturban la calma de esas mañanas.

Y llegan y me rodean mis amigos de entonces, los mejores, mis perros de caza.

Fueron tres. Marqués, el primero y más presente en

mi memoria; Duque y Mario. De estos últimos recuerdo solamente que el primero era un español, de aguas, de largas orejas, que todo el día pasábalo sumergido en el estero cercano, y del segundo, un printer café, de gran alzada y maestro en la caza de la perdiz.

Marqués era un bravo francés, de patas cortas y vigorosas, ancho de pecho, blanco, tachonado en la espalda, la cabeza y las orejas de grandes manchas café.

Recuerdo con claridad como nos hicimos amigos. Recorriamos con mi padre los potreros del fundo una tarde fría, nebulosa y desagradable de otoño. Marqués corría a nuestro alrededor, rastreando nerviosamente el terreno. De pronto se detuvo y principió a husmear el terreno con cuidado muy lento, con los ojos encandilados, fijos; avanzaba quedo, como si temiese que las espigas hicieran mal a sus patas. Mi padre descendió del caballo con la escopeta empuñada. De pronto el perro quedó inmóvil con el cuello rígido, la cola tiesa, hacia arriba, mientras todo su cuerpo se estremecía nerviosamente; una de sus manos la elevaba en alto.

Mi padre dijo entonces fuerte: «Anda, busca», y el animal dió un salto en ademán de atrapar algo. De un pequeño matorral, alzóse, silbando, una perdiz. sonó un tiro, y el ave continuó su vuelo libre, perseguida furiosamente por Marqués que no obedecía a los llamados de mi padre.

Y así volaron tres perdices a las que mi padre errara.

Entonces él, corriendo, me dijo: Estamos de mala hoy, caza tú; y me tendió la escopeta y algunos tiros.

Era la primera vez que yo cazaba.

Y siguieron las cacerías. Recuerdo algunas de las peculiaridades de Marqués. Cuando rastreaba una pieza en un reguero seco, hacía una breve parada en el lugar donde husmeara el rastro; en seguida, rápidamente, corría, agazapándose en los desmontes del reguero, y, al final de esta carrera, en la que había tratado de sobrar al ave, que huía, asomábase de súbito para que la pieza le viese y quedase inmóvil. Después volvía atrás y rastreaba cuidadosamente toda la cuerda de este arco de círculo. Jamás dejó de encontrar y parar a la perdiz con esta maniobra, que era ya su táctica acostumbrada. Cuando rastreaba dos perdices, hacía la parada de muestra, echado, la cabeza apoyada en las manos delanteras, mirando a uno y otro lado. Esta parada original, permitíame hacer con facilidad admirable «tiros reales» (1) que aumentaban mi fama de cazador por aquellos contornos, y halagaban mi juvenil amor propio.

Cuando cazábamos cerca de esos montes que se alzan en los lugares pantanosos, le veía entrar cauteloso, siguiendo un rastro, en la sombra espesa de la maraña. Yo esperaba afuera para no humedecerme los pies con el agua que fluía de las innúmeras vertientes que corrían al pie de los arrayanes, de los maquis, de los laureles, de los lingues, de los peumos, de los canelos, de los helechos, y de las lianas, de toda esa numerosísima flora de nuestros bosques del sur. Escuchaba atento su ajeteo; su respiración agitada, anhelante; el ruido de las ramas

(1) Cazar dos perdices que vuelan al mismo tiempo, con los dos tiros de la escopeta.

que se quebraban a su paso. Después largos silencios. Al fin un agudísimo grito de ave; un instante después veíale aparecer entre el ramaje, con una perdiz aleteando moribunda en el hocico, que había cazado solo. Tal vez no era Marqués un perro maestro, pero yo admiraba esta astucia, esta inteligencia naturales que hacían más estrecha nuestra unión.

Un día de invierno había partido antes que amaneciera, bajo la luz de las estrellas, a cazar a «El Canelillo». situado en la base de las montañas, a tres leguas, más o menos, del fundo de mi padre. La mañana era heladísima, las riendas me quemaban las manos. La excursión había sido buena; mi morral venía lleno de perdices, de poroteros, de tórtolas, de patos. Marchábamos de regreso, al galope, cayendo la noche, por el extenso y abierto llano de Panimávida; Marqués corría al lado de mi caballo. De pronto miré a los Andes, y no les ví, rodeábame una niebla espesa, y me sentía de pronto perdido en el llano; no sabía en que dirección marchaba; ya seguía corriendo mi camino, ya cambiaba de rumbo. Después de numerosas y rápidas carreras en distintos sentidos, detúveme a reflexionar. Me dije: Estoy perdido, no sé dónde está el norte, ni el sur; pero alguno de estos caminitos me llevará a alguna parte. Tomé, pues, resueltamente, una senda que creí me llevaba a la base de las montañas de donde acababa de partir, y, caso curioso, esta era la dirección buena, la que me llevaba al fundo de mi padre. Llegamos a la casa después de las doce de la noche.

Al día siguiente observaba yo al perro tendido, la-

miéndose, sin una queja, los dedos gastadísimos de las patas y rehusando todo alimento.

Y pasó tiempo después de esa excursión; y un amanecer de invierno resolví repetirla. Mi padre habíame pedido regresara temprano, porque me necesitaba para algo del fundo; resolví regresar antes que el sol se pusiera; además, la cacería había sido, como de costumbre, muy buena.

Montado en mi caballo, hacía los últimos gestos de despedida a don Ramón, el dueño del fundo, y llamé al Marqués, el que observaba con extrañeza, permanecía sordo a mi llamado, en el alto corredor, moviendo suavemente la cola y mirándome con sus ojos llenos de luz. Don Ramón me dijo:

—Parece que el perro no quiere irse con Ud.; no lo sigue; ¿por qué no lo lleva amarrado?

Hizo traer una cuerda, y lo atamos; pero el animal gruñía y mordía furiosamente el cordel. Estaba visto que no quería partir conmigo. Entonces dije a don Ramón:

—No sé lo que le pasa a este animal; no quiere seguirme; cúidemelo esta noche de los guardianes suyos para que no lo maten; mañana enviaré al mozo por él.

Al día siguiente dí la orden, y el muchacho me dijo:

—¿El Marqués? Si llegó al amanecer, con la fresca.

Y yo pensé: He aquí una prueba clara de inteligencia completa en un animal; no quiso acompañarme porque recordaba los padecimientos sufridos cuando yo me perdiera en el llano, y resolvió hacer el viaje solo, cómodamente.

De regreso al fundo de uno de mis frecuentes viajes a

Santiago, dirigí la mirada por el extenso patio de las casas. Mi padre que, como de costumbre, paseaba por el corredor, me dijo:

—¿Buscas al Marqués? Ya no está aquí; lo atacó la hidrofobia, y hubo que darle un tiro para que no padeciese más el pobre animal.

Los pescadores

La noche caía rápidamente sobre el lago de Tiberiades; millares de estrellas resplandecían ardientes en el cielo negro y se reflejaban temblorosas en las aguas. Una tenue claridad blanquecina coronaba como un nimbo pálido las sombrías y boscosas montañas del Herunn, de Cafarnaum y de Betsaida; y una fresca brisa cargada con los penetrantes aromas del azahar, de los tamarindos y de las yerbas silvestres, venía de lo alto de las colinas.

En la calma profunda del anochecer, escuchábanse tan solo los plañideros balidos que se escapaban de los apriscos, el lento y acompasado rumor de los remos de alguna barca pescadora que surcaba el lago, el sordo cuchicheo de las olas mordieron las riberas.

En una playa estrecha y arenosa, hacia las márgenes de las tierras de Filipo, frente a Magdala y Tiberiades, había algunos hombres reunidos alrededor de una foga-

ta. No lejos de ellos veíase, emergiendo de los cañaverales de la orilla, la negra silueta de una barca.

Los rojizos resplandores del fuego iluminaban los rostros atezados y curtidos por la intemperie de aquellos hombres, sus robustos cuerpos cubiertos de pieles de carnero y de andrajosas y desgarradas túnicas de telas groseras. Casi todos eran jóvenes; y, a juzgar por las redes que estaban tendidas a su lado, pescadores de aquellos contornos.

Hablaban en voz baja, con rápidas frases, como consultando unos con otros algo grave que los preocupase extrañamente, mientras iban tendiendo al calor del fuego algunos trozos de carne de pescado.

De pronto uno de ellos, hombre de frente estrecha y gruesas facciones, que permanecía con la mano en la mejilla y la mirada perdida en un punto indefinido, dijo con voz áspera y breve en la que vibraba una sorda irritación, volviendo el rostro hacia sus compañeros.

—¿Por qué lo persiguen siempre? Todos dicen que es el hijo de David, el Rabbí verdadero, el que nosotros los pobres esperamos desde hace tantos años. ¡Qué mal les hace! No resucitó a la hija de Jairo, no ha sanado a los ciegos de nacimiento, a los leprosos, no nos ha cumplido lo que nos dijo aquella mañana cuando nos llamó en Betsaide?

—Andrés—dijo otro de los pescadores cuya cabeza principiaba a encanecer—tú no sabes de esto, porque no has estado en Jerusalem. Lo persiguen porque allá, en la sinagoga, les ha dicho que de nada servían las abluciones; que era necesario principiar por lavarse los

pecados. No lo entienden, no quieren entenderlo; lo persiguen porque arrojó a los mercaderes del templo, porque ellos no pueden hacer milagros!...

—Sí, Pedro, dices verdad, lo persiguen porque le tienen envidia—terminó el que antes había hablado clavando su mirada vaga y ardiente en el fuego.

Un adolescente de negros ojos dilatados en los que brillaba un intenso resplandor, dijo entonces con voz baja, inclinándose al oído del que llamaran Andrés.

—Yo estaba presente en Cafarnann cuando vino el centurión a pedirle que devolviese la salud a su hijo. ¡Cómo brillaba su rostro de alegría cuando le dijo que se fuese a su casa y allá encontraría lo que había venido a buscar! Con qué sonrisa nos dijo: «Ha tenido fe, y por eso ha sido escuchado». Y desde entonces yo lo sigo!...

—Sí, Juan, tenemos que seguirlo hasta el fin de nuestra vida, dijo Pedro alzando lentamente los ojos al cielo.

Y Andrés agregó con voz ahogada, como hablándose a sí mismo:

—Desde que estoy con él, me parece que no sintiera ni el hambre ni el frío, ni la sed; todo es alegría para mí. En la casa de mi padre, cuando todos hablan, no puedo escuchar lo que dicen, porque sólo pienso en él. A veces, cuando estoy solo, de noche, en la barca, me parece que lo veo venir hacia mí en la oscuridad como si estuviera vivo... ¡Qué extraño es todo esto!

Mientras Andrés hablaba así, le escuchaban todos absortos, como bebiendo ávidamente sus palabras; solo Pedro se había cubierto la frente con las manos pareciendo meditar al mismo tiempo que escuchaba.

Por fin alzó el rostro donde brillaban las lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—¡Cómo ha cambiado todo para nosotros ahora! Antes de conocerle éramos como ciegos que íbamos a tientas llenos de temor y de tristeza. ¡Y ahora!... ahora tenemos ojos para verle, manos para ayudarle y pies para seguirle. Aún me parece verlo aquella noche aquí en el lago... ¡Con qué majestad terrible avanzaba, rodeado de luz y de rayos, sobre las aguas, en medio de la tempestad! ¡Qué éramos nosotros, qué el mar y el cielo, ante aquella grandeza!... Aún me parece escuchar aquellas palabras que nos hicieron estremecer, cuando me llamó y yo fui hacia él sobre las olas. Jamás olvidaré cuando me levantó hacia sí de entre las aguas, con una inmensa fuerza, y me dijo: «Hombre de poca fe ¿por qué has temblado? Desde ese instante a nada temo sobre la tierra; mi cuerpo, mi alma, mi vida, son suyos para siempre!...

Mientras Pedro hablaba, los demás guardaban silencio e inclinaban la cabeza absorbidos por el recuerdo del milagro.

De pronto se estremecieron; rápidas pisadas resonaban hacia el lado de las colinas. Una figura alta y blanca avanzaba hacia los pescadores. Todos la contemplaban con temerosa mirada. Un hombre joven aún, vestido con una blanca túnica de paño burdo orlada de azul, estaba frente a ellos; una especie de turbante de lino atado a la frente, cubríale la cabeza poblada de largos y ensortijados cabellos castaños que le caían a la espalda y sobre el pecho. En su rostro moreno y enflaquecido

resplandecían intensamente sus grandes ojos tenebrosos que irradiaban la tristeza, la dulzura y el ensueño. Una corta barba nazarena, de ese tinte rojizo que suele tomar el cabello expuesto siempre a la intemperie, rodeábale el óvalo de la cara; en sus labios entreabiertos había una expresión grave, misteriosa, llena de melancolía y de bondad. De pie frente a los pescadores parecía interrogarles... y de pronto les dijo con una voz clara y musical, serena y firme:

—¿De qué hablábais?

Tardaron un instante en responder, como consultándose con la mirada, y por fin Pedro dijo con una voz apagada.

—De vos, maestro; de los milagros. Nos preguntábamos por qué os perseguían siempre.

El, mientras Pedro hablaba, sonreía dulcemente, como si supiese todo aquello; por fin replicó:

—¿No sabéis entonces que nadie es profeta en la tierra en que ha nacido?

Después de estas palabras, envolvió a todos en una larga mirada dolorosa y profunda, impregnada de compasión y de ternura, y se sentó no lejos de ellos, mirando el lago que estaba al frente. Inclino la cabeza sobre el pecho, y pareció abismarse en sus reflexiones.

Los pescadores habían callado; contemplaban fijamente, con los ojos agrandados y una expresión de vaga angustia pintada en los semblantes, la inmóvil figura del Maestro que meditaba. Al frente, las negras aguas del lago teñíanse poco a poco de largas franjas de una luz blanca y movediza, que daba a las olas al esparcirse un

sinistro color violáceo; la luna roja y enorme subía lentamente tras de las montañas de Gerghesa.

De pronto el Maestro alzó la cabeza volviendo de su abstracción; y, como si hablara consigo mismo, murmuró suavemente:

—¿Cuál será la virtud más grata a los ojos del Señor?

Después clavó su mirada penetrante e interrogadora en los pescadores...

Ellos guardaban silencio, meditando al parecer sobre aquella pregunta.

Por fin, Pedro dijo:

—Maestro, ¿os acordáis de la mujer cananea? Ella vino a vos en demanda de la salud de su hijo y vos la rechazásteis una vez. Volvió nuevamente, y con lágrimas os suplicaba que la atendierais; nosotros os pedimos que la escucháseis y nos contestásteis: «Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel». Por fin llegó hasta vos. Aún la veo a vuestros pies, cuando en medio de los sollozos os pedía que la socorrierais, y vos nada decías. Después le dijisteis: «Aguarda que se sacien los hijos. No parece bien tomar el pan de los hijos para dárselo a los perros». Y ella os contestó: «Es verdad, señor, pero, a lo menos, los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos». Y entonces, vos, que querías probar su virtud le dijisteis al fin: «¡Oh! mujer, grande es tu fe; hágase como lo desees». Y su hijo se salvó. Esa mujer tenía la fe y la humildad, Señor.

Después de este relato, el Maestro callaba contemplando embebido, al parecer, la claridad de la luna que

rielaba en las inquietas olas del lago. Andrés dijo entonces:

—Señor, yo conocí a un hombre de Idumea que tenía muchos rebaños y dinero. Como en nada trabajaba, por ser grande su fortuna sólo pensaba en gozar de la vida y en divertirse. Una vez, un hombre pobre que estaba inválido para el trabajo y no tenía cómo alimentar a su mujer enferma, corrió a su encuentro pidiéndole, con grandes lamentos, que lo socorriese. Entonces el hombre sacó varias monedas y se las dió. Pasó el tiempo; y una vez que el hombre rico estaba poseído del vino, tuvo una gran riña con uno de sus compañeros, y sacando del cinto un puñal se lo hundió en el corazón a su adversario. Después huyó. El pobre había presenciado oculto la reyerta; y entonces fuese donde yacía el cadáver, tomó el cuchillo, que estaba clavado en el pecho del muerto, guardólo entre sus vestidos y se tiñó de sangre la túnica. Al día siguiente lo tomaron los soldados; y como confesara que él había sido el asesino, fué crucificado y murió en los tormentos sin decir una palabra. Maestro, ¿qué decir de la virtud de ese hombre?

Jesús guardaba silencio.

Y Juan dijo:

—Había una vez en Fenicia un comerciante que traficaba en telas de seda y de púrpura. Mucha era su fortuna, y se creía feliz. Una vez tuvo que hacer un viaje a Tiro para traer mercancías. Su esposa y gran número de amigos fueron a despedirlo a la orilla del mar con grandes demostraciones de tristeza; pero la esposa alegrábase en el fondo de su corazón por el viaje, porque no

lo amaba y deseaba quedar libre de él; y los amigos sólo lo querían por su dinero. La tarde estaba fría y tempestuosa, el mar agitado y sombrío. Cuando, por fin, se embarcó en el esquife que debía llevarlo al navío, todos se retiraron rápidamente. En la playa desierta sólo quedó, mirando el mar y el buque que se perdía entre las olas, el perro fiel de la casa, en quien nadie había reparado. Las olas habían crecido y un furioso viento de tempestad agitaba las aguas. Ya la noche había caído, cuando el perro se lanzó de lo alto de las rocas al mar para seguir a su amo, a quien creyó en peligro de perecer. Pero la tempestad fué en aumento, el cielo se puso negro; y el animal siguió siempre en la oscuridad, sobre el mar, luchando con las olas que lo llevaban lejos de la orilla. Al fin sus fuerzas se agotaron y pereció, sin que su amo supiese jamás que había muerto por salvarlo.

Juan guardó silencio, clavando en el Maestro su mirada que interrogaba... Entonces Jesús volvió lentamente su rostro triste y severo hacia los pescadores, y, posando en ellos la mirada de sus ojos profundos, húmedos de lágrimas, dijo:

—He ahí la abnegación ignorada, y, a veces, estéril, de los humildes, de los inocentes y los pobres, que son caros al Señor.

Y sus palabras resonaron claras y armoniosas en el dulce silencio de la noche.

Ya la luna había salido por completo tras de las colinas, y su gran disco rojizo bogaba en la atmósfera dorada y vaporosa, iluminando todo el valle de Galilea.

La historia del pobre Giuseppe

Habíamos hablado largo de mil tópicos; no faltó, naturalmente, en esa charla el de el alcoholismo, sus males, sus características, el empuje y la decisión de los norteamericanos para cortar de raíz el terrible vicio.

De pronto, un amigo mío dado a las letras, o, más bien dicho, a la pobreza y a la bohemia, dijo alegremente: ¿Se han fijado ustedes en cómo excita la imaginación el alcohol, en tal forma que casi todos los borrachos son embusteros, verdaderos novelistas, aunque en su estado natural sean los hombres más verídicos del mundo?

Les referiré, agregó, a este propósito, algo que yo observé hace poco, la otra noche, y que daría materia para una historia sentimental.

Como ustedes saben, continuó, hace ya algunos años que estoy separado de mi familia: la vida vagabunda que llevo, no me permitiría albergarme en un hogar decente. Estoy hospedado muy lejos del centro, en un barrio que

yo me sé y ustedes no conocen, en una piececilla donde no hay más muebles que una cama, un trípode que me sirve de velador y una silla que hace las veces de lavabo. Allí, en estas noches de invierno, hilvano todas esas novelillas y articulejos que ustedes ven aparecer siempre en diarios y en revistas.

Una de estas frías y lluviosas noches de fines del pasado otoño, subo a un carro para dirigirme a mi domicilio. Era un atardecer heladísimo; lloviznaba y del cielo nebuloso y sombrío parecía derramarse sobre los hombres y las cosas tristeza, aburrimiento, desazón... El carro casi desierto, algunas mujeres andrajosas aquí... allá, en silencio. De pronto oigo una conversación en voz alta, tan alta que el que la entabla parece querer llamar la atención de todos los pasajeros sobre su persona. Me vuelvo, y veo a dos individuos sentados frente a frente.

Uno a quien conozco de vista y de referencias de barrio desde hace poco tiempo, gordo, mofletudo, de erizados bigotes castaños, entrecanos: los ojos grandes, pardos, a flor de cara; la nariz bulbosa, el cuello corto, grueso, envuelto en una bufanda; vestido de gris y un pequeño sombrero blando calado descuidadamente sobre la cabeza. En las gruesas manos, amoratadas por el frío, en gran paquete. Habla como para sí, pero mira con sus ojos brillantes, entrecerrados, con insistencia impertinente, a su vecino del frente, a quien, se ve no conoce, y que es un sujeto moreno, chato, de cara arrugada y resuelta, de vestido negro, sin sobretodo, a pesar del frío; una cadena de oro en dos haces brilla sobre su chaleco, un anillo de metal en el meñique de su muscu-

losa mano empuñada, sus negros ojos se fijan con estupefacción el descuidado y charlador individuo de la bufanda. Este dice, más o menos, como hablándose a sí mismo.

—Ahora que está lloviendo con este frío, pienso yo en una pobre chiquitina que en estos momentos es muy probable que ande pidiendo limosna por estas calles...

El hombre de negro, al escuchar estas palabras insólitas, dice con voz cortante, tan alta como la de su vecino.

—Y esa chiquitina, ¿es suya?

—¡Es mi hija, señor!

—¿Y por qué la tiene usted abandonada?

—¡Porque es hija de una mujer que tiene tres o cuatro maridos...!

—¿Y qué culpa tiene la chiquitina de las faltas de la madre...?

El hombre gordo, de gris, mira vagamente hacia la calle y masculla entre dientes:

—¡Esas cosas me las sé yo, señor!

Al escuchar estas últimas palabras, el hombre de negro se pone de pie y mirando con severidad y desconfianza a su improvisado interlocutor dice con voz fuerte: ¡Hasta luego, señor!, lo que significaba para mí este pensamiento: ¡Qué tengo yo que meterme en cosas ajenas!

Y yo que conozco al hombre de gris como un borracho profesional, he terminado imaginariamente esta historia.

El hombre de la bufanda ha llegado a su casa situada en los confines de la ciudad, en un cité donde desde el

amanecer se escuchan notas de piano, que resuenan tristemente en la soledad de las callejas borrosas, cantares en boga, rasgueos de guitarra, insultos groseros, a cada instante. Aquí, en unos pequeños altos, reside Giuseppe (así se llama el hombre de la bufanda).

Ya golpea la estrecha puerta. Se escucha una destemplada voz femenina que dice con enfado y desabrimiento:

—Vayan a abrir; ¡de seguro es tu padre que viene borracho como acostumbra!

Se oyen pasitos precipitados y una pequeñuela, que es Marieta (la hija única o, más bien dicho, la chiquitina abandonada y mendicante a que aludiera Giuseppe en su fantástico diálogo alcohólico del tranvía) corre desolada a abrir. La puerta se abre y la pequeñuela, que aparenta tener unos ocho años de edad, se estrecha contra las vacilantes piernas de su padre, al mismo tiempo que hurga nerviosamente el paquete que Giuseppe trae en la mano, y murmura: ¿Qué me traes, papacito? El se deja hurgar el contenido con paternal voluptuosidad: son comestibles, cosas ricas, sabrosas, dulces, pasteles, caramelos, hasta una pequeña muñequita de celuloide que ha comprado en el centro. Viene borracho es cierto; pero ¡quiere tanto a su hija, que es el vivo retrato de su padre, que acaso le recuerda tiempos lejanos de felicidad, de amor, de juventud perdida para siempre!

Su mujer, en tanto, sin saludarle, casi rígida, sombría, vestida de negro, con los ojos enrojecidos tal vez por las veladas sin sueño en las largas noches de trabajo in-

clinada sobre la máquina de coser, pone la mesa diciendo palabras desagradables:

—Marieta, no te muevas así; va a quebrarlo todo esta chiquilla, ¡cómo si tuviéramos tanto con lo que trabaja este barracho de tu padre! Y lanza una mirada fría, de odio concentrado, al bueno de Giuseppe, que con los ojos entornados por la embriaguez y el amor paternal, se entretiene ahora, ya en hacer bailar sobre la mesa a la muñequita de celuloide ya en atracar torpemente de caramelos y pasteles a Marieta, que lo contempla embelesada; tal vez de la pobrecilla, con esa ciega intuición de la infancia, siente en su corazoncito inocente, que entre su padre y su madre no hay otro sentimiento que el odio.

Puesta la mesa y allí todas las cosas que trajera Giuseppe, atenta la mujer estrictamente al servicio, con las cejas fruncidas contempla a hurtadillas a su marido, que entre bocado y bocado y grandes vasos de vino acaricia, pasando la temblona mano por la cabeza, a la pequeña Marieta.

Después de la comida, la mujer, siempre en silencio, se sienta a la máquina de coser a continuar su interrumpida costura. El rumor monótono de la máquina ha producido sueño primero en la pequeña Marieta que, sentada en un pisc bajo, se ha quedado dormida, con la cabecita apoyada sobre las rodillas de Giuseppe. Este, contemplando la pieza alumbrada por la débil luz de la lámpara, piensa, en su cerebro entorpecido, volver a la felicidad conyugal perdida, al sentir como una caricia la dulce presión de la cabeza de su hija dormida. Sus ojos

enrojecidos de borracho, se humedecen, se nublan; se ha quedado dormido.

Una voz juvenil le despierta:—Papacito, es tarde; vamos a acostarnos.

Pero llegará un día, no muy lejano, en que cuando la niñita despierte sobresaltada, e invite a su padre a irse al lecho, como éste no despierte, le tocará la mano, y la encontrará fría... muy fría, terminó gravemente nuestro amigo.

Vísperas de boda

Un mediodía del año 1887, don Pedro Sánchez, que dormitaba, como era su costumbre, en el interior de su acreditada droguería, situada en el barrio de la Cañadilla, vió entrar a ella a un joven pobremente vestido. Traía dos recetas, y al examinarlas don Pedro para su preparación, observó que ambas estaban destinadas a curar un alcoholismo inveterado. Dirigió con atención la mirada al rostro del recién venido y vió en él todos los signos del terrible mal. La nariz y las mejillas de un encendido color cobrizo, las venas de la frente extraordinariamente dilatadas y la cabeza con un ligero balanceo. Sin embargo, esa fisonomía desfigurada por los excesos conservaba cierto aire de indefinible distinción. Era, además, hombre como de treinta y ocho años, alto, bien

constituído y en sus modales y apostura había una negligencia de buen tono, a pesar de la mísera vestimenta.

A don Pedro le interesó instintivamente el personaje, y como la ausencia del regente de la droguería le tuviese fatigado, dirigióle la palabra mientras preparaba las recetas:

—¿Usted vive aquí cerca?

—Sí, señor, en la calle de tal.

—¿Son para usted estos remedios?

—Sí; hace varias noches que no puedo dormir.

—Yo entiendo algo de estos males, porque he sido interno de un hospital hace ya varios años.

Entonces el joven, con esa nerviosa ingenuidad característica de casi todos los alcohólicos, refirióle sus sufrimientos, las angustias de las noches sin sueño, las extrañas visiones, y entrando en más detalles, describióle minuciosamente un ataque de «delirium tremens», en el que había visto llenarse la habitación y hasta su lecho de una muchedumbre de pequeños frailecitos vestidos de blanco, coronados de rosas, que llevaban velas encendidas y tocaban a todo vuelo campanillas, lo que le había causado un terror indecible.

La amistad estaba trabada. Presentáronse:

—Juan Marcoleta, servidor de usted.

Don Pedro dióle amistosos consejos, y cuando el cliente se despedía, le dijo afectuosamente que no olvidase de pasar a verlo siempre, que estaba a su disposición para lo que se le ofreciese.

Don Pedro sentóse después en su cómoda poltrona y

se adormeció de nuevo pensando vagamente en su numerosa familia y sus placeres acostumbrados.

El apellido de su nuevo cliente perseguíale como una pesadilla: «Marcoleta, Marcoleta, pensaba, buen apellido, viejo apellido... Hay que averiguar esto», dijo levántandose y dirigiéndose a almorzar en compañía de su familia.

La casa que arrendaba don Pedro, donde tenía también establecida su droguería, era una de esas antiguas construcciones coloniales, con gruesas columnas al frente, enorme peristilo que encuadraban la ancha puerta, claveteada de bronce, patios extensos y grandes habitaciones casi desmanteladas. Don Pedro era el más prestigioso droguista del populoso barrio de la Cañadilla, fama que se debía en gran parte a sus conocimientos médicos, adquiridos prácticamente en los hospitales, conocimientos que ejercitaba libremente y sin protestas de nadie, en todo el barrio. Tendría, a la fecha en que principia nuestro relato, cincuenta y ocho años, que tal vez llegaban a sesenta, era de elevada estatura, ligeramente obeso, y en su encendido rostro, picado ligeramente de viruelas, había una expresión risueña, vivaz y obsecuente, que le atraía a primera vista la buena voluntad de todos los que le trataban. Su mesa estaba siempre puesta para todo el que llegara a visitarle; apreciaba las largas charlas después de las comidas abundantes y no le desagradaba en absoluto el bello sexo.

Cuando llegó al comedor donde ya estaba reunida toda la familia, declaró la nueva amistad que acababa de hacer y una de las niñas, la menor, dijo:

—Don Juan Marcoleta, lo conozco mucho... pasa siempre por aquí, pero dicen que es muy borracho el pobre joven.

Don Pedro consideró un instante con gravedad a la que le hablaba, e inconscientemente, tal vez, en seguida clavó una risueña mirada en el rostro de su esposa que estaba sentada al frente.

La historia de don Pedro Sánchez era breve y sencilla, igual a la de tantos de nuestra clase media de la época que describimos. Hijo de quién sabe quién y de una madre pobre y desamparada, habíase criado a la sombra monacal de uno de nuestros grandes hospitales. Ahí, insensiblemente, habíase educado, llegando a ser con el tiempo, el practicante de confianza del establecimiento. Sus relaciones con el monjío y las eminencias médicas, que frecuentaban el hospital, dábanle poco a poco prestigio en el barrio de la Cañadilla. Sus modales eran corteses, agradables, con esa amabilidad jesuítica infiltrada en sus venas con la educación y la vida monjil de sus primeros años. Su carácter aparecía franco, generoso y lo era por conveniencia, lo que después le había atraído numerosos amigos y relaciones con toda clase de gentes. Su matrimonio había sido ventajoso y agradable. Se casó joven, con una niña que, sin ser hermosa, era simpática y poseía una pequeña fortuna que don Pedro recibió inmediatamente de celebrada la ceremonia nupcial.

Con este capital compró una pequeña botica; pero año a año su mujer le obsequiaba un hijo, ya un hombre, ya una mujer. Los apuros de dinero, las dificultades de la vida principiaron para don Pedro. Había noches que

éste las pasaba de claro en claro, tratando de resolver sus dificultades. Amigos de confianza aconsejaronle que arreglara su situación en una forma fácil y corriente. Hizo entonces una cesión de bienes a varios acreedores imaginarios, salvando así a su familia de la miseria. Poco después, un incendio intencional de su negocio, del que resultara inocente, permitíale aumentar sus operaciones. El éxito feliz de ambas operaciones, atrájole el respeto y la consideración de todo el barrio. Su fortuna, al decir de sus amigos, era sólida, considerable. Cuando llegaban las elecciones, era la persona llamada por el Gobierno para obtener la victoria. Sin embargo, no era completamente feliz. Habría querido ser miembro del Club de la Unión y rozarse con la gente de valía, y estas aspiraciones las tenía también su familia.

Días después de esta amistad que don Pedro había hecho, tomó minuciosos informes sobre el joven Marcoleta, y supo que pertenecía a una aristocrática familia de Santiago, que era hijo de uno de los más famosos políticos que había figurado en las pasadas administraciones, que a la muerte de su padre habíase dirigido a Europa, donde derrochara íntegra en poco tiempo la gran fortuna que había heredado, y que ahora vivía en la miseria, en un zaquizamí de la Cañadilla, de una corta pensión que le pasaba uno de sus parientes millonarios. Estas noticias habíalas tomado don Pedro de los numerosos comensales y paniaguados que venían a su casa y se sentaban a su mesa.

II

El prestigio del joven Marcoleta crecía de día en día en la familia Sánchez, y todos se imponían con interés, con cariño de estos descubrimientos. Considerábanle ya como a alguien con quien tuviesen deberes de familia que cumplir. Muchas veces, cuando todos estaban reunidos, solíase escuchar un suspiro leve de la señora Mercedes, que por una misteriosa sugestión parecía interpretar el sentimiento general con esta breve frase:

—¡Pobre joven!

La vida que se llevaba en el hogar de don Pedro Sánchez era cómoda, tranquila, agradable. Desde por la mañana doña Mercedes presidía a las sirvientes que hacían el arreglo de la casa; las hijas que eran tres, Julia la mayor, Berta y Zoila, el resto del día ya se ocupaban de costuras y tejidos, ya en la atención intermitente de la botica, vendiendo las mil menudencias que una droguería contiene, ya vigilando la conducta del regente, para observar si introducía la mano en el cajón del dinero, ya atendiendo el despacho de las recetas que don Pedro enviaba desde los altos del establecimiento, donde recibía la numerosa clientela que diariamente le visitaba y que le dejaba muy buen dinero.

Entre once y media y doce del día, principiaban a llegar los comensales acostumbrados de aquella casa hospitalaria; y éstos eran aquellos que habían servido fiel-

mente a don Pedro en sus complicadas operaciones comerciales: Eulogio Palma, borracho pacífico, silencioso y abúlico, que tanto servía para copiar con irreprochable forma de letra inglesa un escrito, como para declarar bajo juramento sobre cualquier asunto que a don Pedro conviniese; don Silvestre Angulo, tinterillo profesional, que así hacía un escrito como se sustraía un documento importante de un expediente o falsificaba una providencia; don Pedro Castro, alias «Cacho de Tinta», abogado venido a menos por la ebriedad profesional y que en casa de don Pedro Sánchez ejercía una especie de dictadura, por los efectivos y eficaces servicios que había prestado a su amigo en la cesión de bienes y en el incendio de marras. A estos invitados, que casi nunca faltaban, agregábanse dos jóvenes abogados, recientemente recibidos, que de cuando en cuando venían a la casa, y don Pedro presentaba siempre con gran agasajo, entre cariñoso y burlón, con esta breve frase:

—Don Luis Artigas y don Conrado Frías, miembros del foro...

Estos muchachos, que pertenecían a dos buenas familia de la sociedad, se ocupaban más de divertirse que de ejercer su profesión, pensaban vagamente en el porvenir y les atraía esa vida despreocupada que se llevaba entonces en ese curioso barrio de la Cañadilla.

Don Juan visitaba ahora a menudo a don Pedro, quien le colmaba de pequeños servicios de toda naturaleza. Un día que conversaba de su enfermedad y de la soledad de su vida, díjole don Pedro, bondadosamente:

—Mire don Juan, ¿por qué no se deja de cumplimien-

tos y se viene a vivir con nosotros? Mi familia y yo lo atenderemos en lo que podamos...

Pero don Juan rehusó y guardó silencio.

Pasaron algunos días después de esta conversación, y como viese don Pedro que su amigo no aparecía por la botica, fué a visitarlo a su cuartucho y lo encontró convaleciente de un nuevo y furioso ataque de «delirium tremens», que había tenido. Estaba flaco, extenuado, sin fuerzas casi para hablar. Entonces don Pedro le dijo así:

—Yo no puedo dejar que usted se muera; sería un crimen abandonarle en esta situación. ¡Usted se viene inmediatamente a mi casa!

Tales palabras las dijo con tal exaltación y autoridad, que don Juan no se atrevió a negarse. Ese mismo día trasladóse a casa de don Pedro, donde fué recibido como un antiguo miembro de la familia, largo tiempo ausente. Llamóse a una eminencia médica amigo de don Pedro, y éste, después de reconocerle detenidamente, declaró que el menor exceso alcohólico acarrearía una muerte inevitable.

Felices fueron para don Juan los días que pasó en casa de su bondadoso amigo. A su soledad y desamparo habían sucedido los cuidados, atenciones, los afectos de una familia numerosa. Y hasta el amor parecía principiar a florecer en aquella nueva casa.

Una de las hijas de don Pedro, Zoila, la menor, mostrábase con él turbada, ruborosa, en sus rápidas entrevistas.

Un día que estaban juntos, Marcoleta dijo:

—Señorita Zoila, estoy profundamente agradecido a

don Pedro por todas las atenciones que él y ustedes han tenido para conmigo, y siento gran vergüenza en no poder corresponder luego, como es debido, tantos servicios. Mañana me iré a mi casa con este sentimiento.

La niña lo miró a los ojos y le dijo sencillamente:

—¿Y por qué no se queda con nosotros siempre?...

Don Juan guardó silencio un largo rato. Estas palabras hicieron impresión en su corazón de gentilhomme.

En la noche, en un largo insomnio, pensaba en esa niña que no era hermosa, y se decía:

«¡Qué vale mi nombre sin dinero! Nada. Soy una sombra, un pingajo humano que luego se desvanecerá. Pagaré mi deuda; me casaré con esa niña, si me acepta».

Al día siguiente, en medio de las protestas generales de don Pedro y de toda la familia, volvía a su antiguo cuarto. Días después volvió a la botica. En un momento en que quedara solo con don Pedro, le dijo:

—Quiero hablarle de un asunto serio, delicado.

—Diga,—contestó don Pedro.

Entonces Marcoleta, gravemente, dijo:

—Estoy enamorado de su hija Zoila y deseo saber si usted me concede su mano.

Al escuchar estas palabras, el rostro de don Pedro congestionóse de una alegría inmensa; sin embargo, contestó con tono seco, grave y severo:

—Estas cosas, don Juan, hay que hablarlas primero con la familia. Vuelva usted mañana, a tal hora.

Al día siguiente, esperábale don Pedro vestido cuidadosamente de levita en el pequeño salón de la casa. Al

ver entrar a Marcoleta se levantó, lo abrazó con delicadeza y le dijo:

—Todo está hecho, don Juan; pero qué de lágrimas y suspiros las de todas estas mujeres. Al fin, es la menor la que se nos va, pero yo tengo también la satisfacción de tener un hijo más en mi vejez,—terminó con emoción, mientras sus ojos se humedecían y su encendido rostro se congestionaba aún más.

Después hablaron tranquilamente. Dábale don Pedro consejos sobre los cuidados que requería su enfermedad, entre los que entraba en primer lugar, la abstención absoluta del alcohol. Don Juan asentía en silencio, y una expresión de inmenso cansancio y de infinita tristeza reflejábanse en su rostro enflaquecido.

Fijóse la fecha de la ceremonia nupcial y acordóse, por disposición de don Pedro, dar un banquete en la víspera de ella.

Por fin llegó el día de aquel banquete extraordinario, ofrecido por la familia Sánchez como una manifestación de alegría y de agradecimiento hacia la suerte de casar a su primera hija con un miembro de la aristocracia más pura de la capital.

Desde el amanecer doña Mercedes, acompañada de sus dos hijas y una sirvienta anciana, habíase preocupado de echar un vistazo general al arreglo de la casa; que la dejó henchida de satisfacción. La novia, en su pieza, desde hacía días, cosiendo con una modista, sólo de cuando en cuando aparecía en la puerta de su habitación para dar a gritos una orden, o recibir la rápida visita de alguna amiga íntima que venía a felicitarla.

A las cinco de la tarde principiaron a llegar los invitados, que eran los boticarios más conocidos de Santiago de esa época, personas sencillas, bonachonas, vestidos ellos y sus mujeres con trajes pasados de moda, inapropiados tal vez para la estación, y este descuido en la indumentaria contrastaba con el corte irreprochable del chaqué de Marcoleta y la larga levita azul y la corbata blanca de don Pedro. Además, la forzada abstinencia del aguardiente había hecho palidecer, como un cielo que se despeja, la mariposa alcohólica de las narices y mejillas del novio, devolviéndole algo de su perdida hermosura viril.

Y allí estaban reunidos en el pequeño salón, bebiendo grandes tragos: ponche en agua con torrijas de limón que serviría de aperitivo, al decir de don Pedro. La conversación rodaba pesada, lenta entre todas aquellas personas que poco se conocían, con ese tono de inusitada socarronería que a veces tienen las charlas en esa clase de reuniones. Hablábase a ratos de política, y de negocios, y se repetía lo leído en los diarios de la víspera. Tal vez este encogimiento general de la concurrencia obedecía a la tristeza que se reflejaba en el semblante de Marcoleta, que era el único que no bebía, sino de unas aguas medicinales que su suegro le había preparado para substituir las excitaciones del alcohol. De pronto la reunión se animó, con la llegada de don Pedro Castro, o sea «Cacho de Tinta», quien, como de costumbre, venía achispado ya, alegre, dicharachero; de Angulo, Palma y los dos abogados, Frías y Artigas. La novia hizo también una aparición en la sala, para saludar a toda la con-

currencia, y aquí de los afectados cumplimientos para celebrar su belleza, hermoso traje de seda gualda, que hacía resaltar su rubor, el brillo de los ojos y su sonrisa. Llegaban ya las primeras sombras de la noche, cuando alguien anunció:

—La comida está servida.

Y poniéndose de pie la concurrencia, celebraron todos el arreglo del patio, que a esa hora crepuscular brillaba como el día con la luz de infinitos farolillos chinoscos, que a lumbraban la verdura de innumerables bambúes y toda suerte de plantas florecidas. Pero cuando el entusiasmo de los invitados llegó a su máximo, fué al entrar al comedor, iluminado profusamente con numerosas lámparas de parafina y de gas. La larga mesa aparecía repleta de viandas y de flores, y la mirada se extendía por aquella confusión de grandes castillos de dulce, de pavos recién asados, de los famosos jamones de Valdivia, de chanchitos en adobo, azafates con mayonesa, y en enormes redomas traídas de la botica, el poche en agua, donde navegaban torrijas de naranja y de limón. Los retratos de Balmaceda, de Arturo Prat, de Francisco Bilbao, contemplaban impassibles entre las grandes banderas chilenas y palmas que a sus plantas había colocado el patriotismo ingénito de nuestra raza, aquel espléndido banquete.

Aquella comida principió alegremente, gracias al abundante aperitivo del ponche. Sentáronse los invitados aquí y allá, respetando sí los asientos de don Pedro, que presidía acompañado de su esposa, la señora Mercedes, don Juan Marcoleta a su lado, y la novia al lado del dueño

de casa. Frías y Artigas, al costado de Julia y Berta. Y don Pedro Castro, que con lo que bebiera antes de llegar y los numerosos tragos que tomara después, ya llegaba a los límites de la ebriedad, no lejos de la cabecera.

Escuchábase el ruido de cucharas, tenedores y cuchillos en medio de las alabanzas que se prodigaban a los que habían arreglado y hecho aquella espléndida manifestación; las señoras, sobre todo, hacían comentarios:

—Mira, hija. ¡Qué postre más lindo! ¡Qué pavos mejor adornados! ¡Qué flores más preciosas! ¿De dónde las traerían?

Y ante este coro de alabanzas que se dirigían a la dueña de casa, doña Mercedes declaraba modesta:

—Todo lo que ustedes ven, se debe a las niñas,—y señalaba a Berta y Julia, que inclinaban la cabeza ruborizándose.

El rostro de don Pedro resplandecía como un sol de estío, de alegría y de felicidad. A su lado don Juan parecía también participar del entusiasmo general, a pesar de que, no obstante las exigencias de sus vecinos, comía poco de aquellos sabrosos manjares. Las conversaciones que al principio eran en voz baja, como el zumbido de una colmena, fueron elevándose poco a poco. Los dos abogados, Frías y Artigas, habíanse dedicado a atender a las esposas de los boticarios que no estaban lejos de ellos. Escuchábanse grandes carcajadas de éstas ante algunas confidencias picantes que les hacían. Angulo y Palma, sentados lejos de la cabecera, comían, bebían y se atracaban sin tasa, en silencio. Don Pedro Castro, co-

mo de costumbre, tenía monopolizada la palabra sobre asuntos que a nadie interesaban; hablaba de política y se dirigía en particular a don Pedro, quien le hacía distraído leves signos de aquiescencia. Pero el vigoroso vino de Chile principiaba a hacer sus efectos en la numerosa concurrencia, que perdía poco a poco aquella compostura afectada, llena de miramientos, que había cuando principiara la comida. Abandonados los tenedores y las cucharas, usábanse las manos; entre dos vecinos pasábanse una *fineza* en un tenedor tendido.

Angulo discutía en voz alta, con grosería, sobre cuestiones profesionales que nadie entendía, con Frías, y éste, oprimido por la discusión, le decía:

—Sí, señor; y antes de seguir adelante esta disputa, sería conveniente que averiguáramos primero la genealogía de esa levita que usted lleva,—aludiendo al color verdoso de la vestimenta que usaba el tinterillo.

De cuando en cuando escuchábase una aguda voz femenina que decía:

—¡No me pisen tanto el pie! ¡No me *apriete*, señor!...

Y así siguió aquella fiesta de familia en que se comía y se bebía a destajo, hasta el instante en que llegaron los brindis. Como de costumbre, don Pedro Castro, que no abandonaba la palabra, continuó con ella y pronunció un largo brindis sobre cuestiones profesionales. Habló de las dificultades terribles de la vida, que obligan a los hombres a defender su situación, la situación de la familia, que es la base de toda sociedad, de la actual sociedad. Pidió permiso para hablar de sí mismo, de todos los servicios que la familia Sánchez le debía.—Y esto lo

decía con lágrimas en los ojos.—Y refería claramente los complicados asuntos de la quiebra y del incendio, y la participación que en el buen éxito de estas operaciones le cupiera. «Y aquí tenemos—dijo terminando—a esta familia que ha llegado merced al cultivo de la flor preciosa de la amistad al pináculo del honor, aliándose con la más pura aristocracia de esta capital».

Después tomó la palabra don Silvestrè Angulo, e hizo presente también lo que había hecho en aquellos dos famosos pleitos; aludió también a la labor modesta de Palma, su compañero y amigo de corazón, quien inclinó en silencio la cabeza. «Y aquí tienen ustedes—dijo concluyendo—cómo las hormigas que nosotros somos, pudimos edificar un palacio, que es esta casa, y este espléndido matrimonio que se prepara».

A los brindis siguió una larga serie de canciones, cantadas en la guitarra por doña Mercedes, porque en la casa no había piano.

Don Juan no había comido nada; habíase puesto sombrero; su cuerpo débil y delicado se estremecía; sus ojos brillaban con los resplandores de la fiebre. Y cuando todos se retiraban de la mesa hacia el salón, don Pedro le dijo.

—Don Juan, ya es hora que usted se retire a dormir, para que esté bien para mañana que es el gran día...

Don Juan obedeció en silencio.

Cuando don Juan salió a la calle, sintió la cabeza mareada por la gran algarabía de aquella fiesta; nacía en lo íntimo de su corazón una tristeza que parecía crecer por

instantes como una ola inmensa. ¿Sería tal vez causada por su mal?

Esa noche de Julio era fría, desagradable; en lo alto del cielo negrísimo a trechos, la luna en su menguante parecía perderse, confundirse entre las espesas nubes que corrían rápidas hacia el sur. Frente a él veía alzarse entre la penumbra que dejaba la parafina municipal, el gran bulto siniestro del puente de Cal y Canto, que tenía sus ventorrillos cerrados a esa hora. Se acodó en el parapeto mirando hacia abajo. Las aguas del río corrían lentas y silenciosas, y su reflejo de plata vieja parecía aumentar su creciente tristeza.

«¡A dónde he venido a parar! ¿Qué ha sido de mi vida? ¿Por qué he estado en esa fiesta? ¿Por qué?...» Cerró los ojos un instante y recordó. Veíase joven, rico, libre, lleno de esperanza en el porvenir; su imaginación reproducía con extraordinaria claridad una escena lejana de su vida: una noche de función de gala en nuestro Municipal, lleno de la élite de Santiago, representábase «Lucía de Lamermoor», cantada por una de las más famosas artistas del mundo. Y él estaba en su butaca, cerca de la orquesta, y en un palco bajo, frente a él había una hermosa joven vestida de blanco y rosa; era su novia. Sus negros ojos no atendían a la representación, sino que estaban fijos en él, en una entrega absoluta. Todo el dolor de aquella música divina, de amor, del delirio de Lucía, parecía vivir en aquellas hermosas y brillantes pupilas que le miraban fijas y se entregaban. Luego, la salida entre sedas, luces y perfumes, de la muchedumbre

elegante, y esa negra mirada purísima fija siempre en él, a la despedida...

Después, el viaje al extranjero, la ausencia, el olvido en medio de los vicios internacionales, la ruína, el alcohol, siempre el alcohol, y la perdición final. «¡Cómo he caído tan bajo, tan bajo!»—se dijo arañando con su mano crispada el parapeto. Trató de llorar para desahogar la angustia que le destrozaba el corazón como una garra de fierro. No pudo. Un furioso deseo de destruirse le poseía. Miraba vagamente a todas partes, como alguien que se ahoga en un mar sin fondo, y vió allá lejos, en la parte baja de los sórdidos edificios que bordean el río, brillar una luz lejana, amarillenta. Era un restaurant clandestino donde tantas veces se detuviera a beber; y sonriendo siniestramente, impotente para lanzarse de lo alto del puente a esas aguas tranquilas del río, que corrían impasibles hacia el mar, murmuró empleando una frase cínica de borracho:

—¡Y más que me pongo a tomar ahora! Sería lo mejor...

Se alejó rápido, buscando en sus bolsillos unos billetes que don Pedro le había deslizado en la tarde. Llegó al restaurant, y dijo alegremente a la vieja que servía en el mesón:

—Unas tres botellas del de uva; del más fuerte,—y agregó mientras le servían:—¡son para hacer un ponche macizo, señoral

La vieja sonreía desganada ante la confianza de ese caballero elegante.

Don Juan se alejó estrechando febril, amorosamente, las botellas...

.....

IV

Al día siguiente, la fiesta continuaba aún en casa de don Pedro Sánchez. Este y algunos amigos íntimos a quienes no venciera el sueño, entre los que se contaban los jóvenes abogados Artigas y Frías, que querían sacarle el jugo al banquete, permanecían en el patio bebiendo tal cual trago de ponche, haciéndose vagas confidencias y proyectos, esos que engendra siempre la nerviosidad de una noche de insomnio y de alcohol. Todos al igual de don Pedro sentíanse alegres y ligeros, a pesar de la trashedad que casi no les permitía abrir los ojos.

De pronto, don Pedro dijo, consultando su reloj:

—Vean amigos, ya son las diez; el novio no llega; debía estar aquí a las nueve; debe haberse quedado dormido el pobre joven... Vamos, vamos todos a despertarlo—dijo levantándose.

Conversando alegremente se dirigieron entonces en grupo a la pobre vivienda de Marcoleta. Vivía éste en el fondo de un miserable conventillo situado en esas callejuelas barroas que se entrecruzan al final de la Cañadilla.

Don Pedro, entrando al amplio patio surcado de cor-

deles, de los que pendía ropa tendida a secar, preguntó en alta voz a una vieja que lavaba afanada:

—Don Juan de Marcoleta, que vive aquí, ¿no se ha levantado, señora?

—Ni se le ha sentido; debe estar durmiendo; allá es su pieza—contestó la vieja, extendiendo su brazo hacia el fondo del patio.

Y se dirigieron allá tropezando en las artesas, en los tiestos con flores, sacando lances a los charcos de agua del piso empedrado y desigual.

La puertecilla de la pieza de don Juan estaba cerrada herméticamente. Don Pedro golpeó con medida; ni un rumor contestó al llamado. Se consultaban con la mirada, indecisos. Don Pedro dijo en voz baja:

—No le vaya a haber pasado algo; abramos la puerta.

Entonces Conrado Frias, que era vigoroso, aficionado a los sports, dijo:

—¿Quiere, don Pedro, que la eche abajo?

Don Pedro hizo una señal afirmativa.

Al violento empujón que Frias diera, abrióse la puerta de par en par.

Don Juan Marcoleta, vestido tal como estaba el día antes, sentado ante una pequeña mesa, con la cabeza perdida en los brazos cruzados, parecía dormir profundamente. Tres botellas, de las que una y gran parte de otra estaban vacías y un vaso a medio llenar, sobre el que revoloteaban un enjambre de moscas, había ante él. Don Pedro puso su mano sobre la inclinada cabeza de don Juan, y le dijo con voz fuerte:

—Don Juan, don Juan, despierte.

Ante el helado silencio que siguió a estas palabras, don Pedro tocó la frente del dormido Marcoleta, e irguiéndose en toda su estatura, exclamó con voz entrecortada y anhelante:

—¡Está frío... parece que no respira!...

Entonces rodearon todos a aquel cuerpo inerte y mudo y lo palparon nerviosamente, y observaron que el corazón ya no latía, que los ojos estaban cerrados, fríos, sin lumbre de vida, y que un poco de espuma sanguinolenta asomaba a los labios de aquel novio infeliz.

Al retirarse hacia la casa a dar cuenta de la catástrofe, todos marchaban silenciosos; del rostro de don Pedro parecía haberse borrado para siempre aquella sonrisa amable, simpática, sugestiva, que le caracterizaba. Iba pálido, con el ceño fruncido, preocupadísimo, y repetía a media voz, moviendo la cabeza a ambos lados:

—¡Mal negocio, mal negocio, señor!

La Jorobada

Aquella tarde de invierno regresaba del pueblo vecino al fundo, de donde partiera a buscar noticias, los diarios, la correspondencia, algo, en fin, para desvanecer el aburrimiento de mis monótonos y solitarios días campesinos; pero aquel poblacho de casas bajas, aplastadas, sucias, de callejas ruinosas, desiertas, llenas de agua y barrizales; aquella pequeña botica de las señoritas Díaz, club del pueblo, donde me detuviera a saber cualquier hecho interesante aumentaban mi nerviosa hipocondría; los desocupados que ahí habitualmente se reunían, habíanme mirado con un aburrimiento igual o mayor que el mío, interrogándome, además, ansiosamente, si sabría algo de nuevo!

Marchaba, pues, lentamente por la ancha y desierta avenida de las afueras del pueblo; las bridas flojas caían sobre el cuello de mi caballo. Sobre mi cabeza, gruesas, desgarradas nubes negras, preñadas de agua, a través

de las cuales divisaba alguna estrella en el azul borroso, dejaban caer sobre mi tal cual grueso goterón; si volvía la vista, divisaba, en el creciente crepúsculo, una bruma espesa de humo y de nieblas que se elevaba lentamente de ese pueblo maulino edificado entre pantanos y basurales.

Después de marchar buen rato por esa avenida, encontrábame a la salida del pueblo, en los últimos arrabales.

Trasmonté la línea férrea, miré a mi derredor y ví que tenía delante los caminos rurales, el campo libre.

La noche había caído ya por completo; ante mí se extendían los potreros sumergidos en la húmeda sombra.

A mi derecha, en algunas casitas de paja, de inquilinos, con su vara al frente, su estrecho corredor, principiaba a encenderse fuego al ras del suelo; veía entre las sombras y la luz, trozos de cabezas, de brazos, de manos tendidas sobre las brasas que alumbraban vivamente las llamas; escuchaba gruesas voces: «El patrón me dijo...» «Yo le contesté entonces» carcajadas groseras, ladridos; más allá, el silencio profundo de los campos.

De pronto, escuché una voz de mujer, alta y armoniosa, que dominaba todo rumor, que parecía cernirse muy lejos; era una voz juvenil, apasionada y cálida en las notas graves, purísima y cristalina en las altas, que dominaba con majestuosa seguridad. Cantaba:

Yo canto el cantar eterno,
el cantar del querer bien:
ámame mucho que así amo yo;

canto el cantar de la vida,
porque vivir es querer.

.....

Detuve mi caballo; la canción continuaba:

Así en la noche que calla,
para que se oigan mejor,
canta el ruiseñor sus quejas
con melancólica voz.

Amame mucho que así amo yo,

terminaba imperiosamente aquella voz; y yo sentía que este estribillo expresado con vos juvenil era grave, hería las más íntimas fibras de mi ser, de todos los seres capaces de comprender y de sentir el amor.

Porque vivir es querer, decía aquella voz con altruismo y desgarrador acento; y este acento vibraban todos los matices de un alma heroica, sin freno, dispuesta a morir por el objeto amado; el amor y la muerte se unían; el mundo, las miserias terrenas desaparecían. Me imaginaba a la artista que tales acentos lanzaba como un ser único capaz el solo de sentir y de engendrar el amor.

Imaginábala también como una mujer alta, esbelta, radiante de juventud, de vida y de belleza, una de esas mujeres con las que se ha soñado en los lejanos días de la adolescencia.

En el silencio que seguía, parecíame que aquella voz continuaba vibrando como la campana de un Angelus lejano.

Miraba curiosamente a mi derredor orientándome para descubrir de qué parte venía aquella voz.

Ahora escuchaba, no lejos de mí, los acordes de un arpa.

Ahí, cerca, había un rancho de paja pequeño y destartelado; de ahí se escapaban los sonidos débiles de aquella arpa. Me dirigí rápido hacia allí; descendí del caballo, até la brida a la vara, e inclinándome me encontré en el corredor estrecho; la única puerta de aquel rancho era bajísima; tuve que encorvarme para entrar.

Observaba curiosamente el interior: un pequeño chonchón de parafina colocado sobre un mesón mugriento, difundía en la pequeña estancia débil claridad amarillenta. El recinto estaba lleno de gente sentada en una banca circular de tablas y en pequeños pisos de totora. Casi todos eran peones a jornal de las intermediaciones; reconocía a algunos trabajadores del fundo, regadores, carreteros, carrilanos, peones vagabundos. Casi todos estaban ebrios, algunos dormían profundamente, otros roncaban con la cabeza apoyada en la quinchá o en el hombro paciente de algún vecino, muchos de pie gesticulaban. A mi llegada se tendieron algunos vasos; varios peones que conocía se quitaron los sombreros que tenían encasquetados.

Con la vaga penumbra, en un rincón, ví una gran arpa; tras ella, en pequeño banco, distinguí, a través de los grandes brazos y la rejilla de cuerdas del instrumento la esmirriada figura de una jorobadita.

Imposible habría sido definir la edad de aquella criatura: de la enorme joroba surgía un rostro pálido, dema-

crado, de aspecto enfermizo, rubios cabellos encuadran desordenadamente aquella faz; los grandes ojos azules tenían una expresión intensa como si reflejaran un dolor incurable; los labios muy rojos, parecían torcerse en una mueca de hambre y de sed inextinguibles. Las pálidas, las pequeñas manecitas tañían suavemente las cuerdas.

A mi llegada, principiaba otra canción.

Hay momentos en la vida
que parece que la calma
se apodera de nuestra alma
para nunca más salir.

Hay momentos en la vida
que van y vuelven a ir
hermosos y fugitivos
como las hojas de Abril.

Hay momentos en la vida
que no pueden sufrir:
ausente de un bien que se ama
es imposible vivir.

Y en la voz que cantaba esta canción nada había de ese acento nasal, de esa deformación del lenguaje, ese ritmo monótono acostumbrado siempre en nuestros cantares populares.

Al llegar a las notas altísimas del estribillo final de esta vieja canción maulina, un grupo de borrachos se levantó en tropel de sus asientos, y, en coro, se dirigió adonde la cantora con los grandes vasos tendidos hacia

ella invitándola, a porfía, que bebiese, pero ella rechazaba la violenta invitación haciendo repetidas señas negativas con las débiles manecitas, mientras en sus grandes ojos azules reflejábase siempre esa expresión de dolor incurable que observara al entrar. De pronto sus vagas miradas advirtieron mi presencia, y algo como un relámpago de familiar alegría dibujóse en sus pupilas, en sus labios que sonreían...

Uno de aquellos borrachos me dijo alegremente:

—Canta bien esta chiquilla, patrón! ¿Quiere que le toque una cueca?

Hice una señal negativa con la cabeza.

Me hacía mal ese espectáculo: esos cantos tan bellos, tan puros en medio de esa inmunda borrachera. Me dirijo en silencio adonde la infeliz criatura, deposito en el ojo del arpa algunas monedas y sin que nadie me detenga voy a tomar mi caballo.

Lluviosos días siguieron a aquella tarde; y una mañana de invierno en que el cielo era azul, sin una nube, en que el pasto y las desnudas ramas de los árboles resplandecían de brillantes gotitas de agua, hacía mi acostumbrado viaje al pueblo.

Los ranchos negruzcos parecían tener un aire de fiesta bajo los rayos del sol, húmedos vapores brotaban del suelo, de los pantanos, los pájaros saludaban gozosos la llegada del buen tiempo.

Reconocí entre esos ranchos aquel en que me detuviera aquella tarde. La lluvia había humedecido el barro de la quinchá de ramas y de greda. Gruesos goterones brillaban en la totora del techo negruzco de humedad. La

puerta estaba abierta de par en par; el sol entraba a torrentes en la pequeña mansión.

En la estrecha habitación, desierta ahora, una mujer morena, de regular edad y abultadas facciones, vestida de luto, conversaba de pie a la puerta con un trabajador. Este, en el rostro moreno, congestionado, tenía una expresión suplicante, humilde.

La mujer negaba, terca, irritada.

—No; hoy no fío; déjate de borrachera; ándate a trabajar mejor luego, en vez de estar molestando.

El aludido encasquetóse bruscamente la vieja chupalla y se alejó en silencio con desmayado andar.

En el fondo del patiecillo del rancho donde la tierra negreaba húmeda y fangosa aun bajo los rayos del sol, vi sentado en un piso a un antiguo regador del fundo. Con el sombrero de paja caído sobre los ojos parecía meditar profundamente.

En un rincón vi la grande arpa solitaria, rodeada de los pisos de totora.

Hice una leve inclinación a la mujer, y me dirigí a ese viejo peón que, yo sabía, hacía tiempo no trabajaba a causa de los años y del reumatismo que le dejara las piernas muertas.

—Camilo, ¿y la niñita que cantaba aquí la otra noche? le pregunté.

El anciano alzó bruscamente la cabeza, y en voz baja, cavernosamente se dirigió a la mujer vestida de luto.

—¿No oyes, mujer, lo que pregunta este caballero?

La mujer contesta con tono airado, despreciativo, brutal, como si hablara a otra persona:

—¡Ya se va a poner a hablar este viejo, y no va a acabar nunca!

Al escuchar estas palabras, el anciano hace un ademán desdeñoso con la cabeza y dirigiéndose a mí continúa con voz aguda, cortante, alta, en la que trata de manifestarme, tal vez, una autoridad desconocida siempre en aquella casa.

—Ahí se lo pasaban tomando, señor, noche a noche, y canto y canto, y baile y baile; no había descanso, ni sueño, ni nada... Yo, que me levanto al aclarar, encontraba siempre a la chiquilla sentada en el banco sin dormir y dale que dale al arpa. Una mañana la llamo desde aquí donde estoy ahora; veo que no se mueve y que tiene los bracitos enredados en el arpa; y tan callada! Me voy arrastrando, arrastrando, le toco la cabeza, fría, las manos frías también; tenía los ojos abiertos, la cara blanca como un papel y parecía sonreír tan tranquila... La remezco; entonces se cae de lado; la tomo con este brazo; y se dobla toda hacia la tierra. Así quedó hasta que llegó la gente. ¡Estaba muerta, señor!

—La niñita era parienta tuya, Camilo?

—Era mi nieta, hija de la Regina, esa muchacha que se me arrancó para Santiago hace años. De allá había vuelto muy enferma y con esta niñita; decía que era hija de un caballero principal de Santiago..., que la habían engañado... mil cosas! Aquí vino a morir de calentura la pobre. Después, mi otra hija, la Candelaria, esa que está ahí en la puerta escuchando, principió con esta fiesta. Decía que el negocio iba muy bien, y yo veía que esto iba a acabar mal al cabo... En el día, cuando no

había gente, la pobrecita se lo pasaba callada, sin moverse, con los ojos muy abiertos, como entumida de frío... parecía que no vivía en el mundo; muchas veces la vi en aquel rincón toser y llevarse el delantal a la boca, lo sacaba siempre lleno de sangre; yo la tomaba a veces en brazos y la tenía mucho tiempo bajo esta manta para que se abrigara y durmiera. Y esa que está ahí en la puerta nunca me escuchó: «Llama al médico». «Dale remedios». «No la dejes cantar tanto», le decía yo, pero ella, empecinada en ganar plata continuaba con esta fiesta. Y esos cantos que atraían tanta gente; que hasta las personas principales se paraban a escucharlos, tenían que hacerle mal. ¡Ah! al fin se la llevaron, señor!

Y el anciano inclina suavemente la cabeza y se cubre la cara con sus nervudas manos temblorosas.

La mujer vestida de luto, escucha este relato con los ojos fijos tenazmente en el suelo.

Salgo rápidamente de aquel tugurio.

Afuera ríe el sol.

SEGUNDA PARTE

DIAS DE CAMPO

A UNA SOMBRA

A tí, sombra severa y venerada,
sombra noble, romántica y caballe-
resca, este libro concebido en los
albores de mi lejana adolescencia.

La casa

Es de la vieja casa de campo en que corrieron mis años de adolescencia, de donde me vienen estas impresiones. No sé por qué las evoco; será, tal vez, como un homenaje a ciertas imágenes lejanas.

Aquel enorme techo de tejas, hundido en parte, erizado de malezas; aquellas espaciosas habitaciones casi desmanteladas en las que yo creía advertir a mi regreso en el verano un perfume de humedad tan familiar, tan querido... Y luego, el descubrir tantas cosas inesperadas en los cajones de los armarios antiguos: la querida escopeta de dos cañones desarmada desde mi partida, mi sombrero viejo de anchas alas, una huasca, espuelas. Ahí ¡cuán bien se iba a deslizar el tiempo!

Después, sentado en el corredor en una gran silleta de paja fabricada en el fundo, veía, allá en el fondo del patio, a mi viejo perro de caza, Mario, que venía hacia mí como humillado, estremeciéndose de placer...!

La Maïga

A René Brickles

Aquella mañana de invierno me sentía poseído de una incomprensible hipocondría.

Sentado frente al escritorio, trataba de contraer mi atención sobre el cuaderno de cuentas del fundo, que tenía abierto ante mí; pero al mirar por la ventana el día brumoso y obscuro, los húmedos ramajes de los pinos y naranjos del jardín, que se destacaban sobre un cielo de leche, volvía a sumergirme otra vez en mi triste somnolencia, en mi inmotivado abatimiento.

—Hoy no hago nada, no puedo hacer nada, pensé, levantándome bruscamente de mi asiento y desperezándome.

En ese instante, la puerta del escritorio se abrió y mi perro de caza, Mario, un gran *pointer* de pelo café, se lanzó con su acostumbrada violencia sobre mí, haciéndome las más exageradas caricias.

¿Qué haré hoy? pensaba, conteniendo de las orejas y

las patas al nervioso animal que me manchaba el traje con su piel mojada por el rocío de la mañana. Por un instante me regocijó la idea de salir a cazar; pero me sentía fatigado para emprender una marcha, y, además, el pasto estaría demasiado húmedo aún.

Entonces me acordé de mi buen amigo, el párroco de la vecina aldea de Y. Iría a hacerle una visita matinal. Veía con la imaginación su redonda, seria y arrebolada cara de fraile gastrónomo; y me alentaba con la idea de desvanecer mi aburrimiento con su alegre charla y su grueso vinillo moscatel, que conservaba todo el áspero sabor del lagar de cuero.

Mandé ensillar mi caballo, y un instante después salía.

El caballo se estremecía de frío y de impaciencia bajo el corredor.

Subí rápidamente, y partí al galope.

Una espesa y fría neblina cubría toda la extensión del horizonte. A ambos lados se extendía la uniforme línea gris de los álamos desnudos de follaje, mojados por la constante llovizna, goteando el agua sobre la tierra negra y fangosa del camino real. De cuando en cuando, un sauce, una gran mata de zarzamora, asomaban sus obscuras siluetas entre la bruma; y más allá, la sucesión de potreros tapizados de trigo naciente, de terreno recién arados, de cercas de espino, de alamedas y de vegas, teñían la niebla con vagos tonos verdes, sombríos, amarillentos y blanquecinos. Las perdices se llamaban alegremente en los cercados, y algunos zorzales pasaban muy alto, silbando, sobre mi cabeza...

A poco andar, el camino declinaba bruscamente, de-

sembocando en un ancho y fangoso estero cubierto de lamas y *batrales*; sus aguas tenían un débil reflejo de acero bajo la bruma.

La niebla principiaba a romperse rápidamente, recogíendose como un inmenso telón de teatro hacia las montañas lejanas. Sobre los surcos oscuros y los pantanos, vagaban todavía algunos tenues vapores; el aire adquiriría una intensa claridad bajo las nubes espesas, y un soplo de extraña calma parecía adormecer todo el paisaje.

Después de pasar el estero, en un alto árido y pedregoso, divisé el cementerio del lugar. Por encima de las tapias ruinosas, entre viejos sauces y rosales, asomaban algunos mausoleos: enormes columnas truncadas teñidas de cal, ángeles de yeso, grandes cruces negras con adornos de papel blanco. ¡Pobres muestras de la vanidad lugareña!

En el corredor de la sucia y pobre casita del sepulturero, una mujer, embozada en un pañuelo rojo, soplabá el fuego, mientras sus hijos harapientos, con los pies desnudos, jugaban en el camino real.

Al dar vuelta un recodo, me ví detenido de improvisto por una pequeña partida de hombres a caballo.

Era un entierro de pobres, en descanso.

Reconocí a algunos inquilinos de las haciendas vecinas.

Permanecían casi todos inmóviles sobre sus flacos caballos, espoleados y sudorosos.

En sus rostros tostados por el sol, bajo las gorras de algodón azul o los sombreros de anchas alas, vagaba

una expresión de tristeza afectada, soñolienta, casi sonriente...

Observé sin dificultad que casi todos esos dolientes ecuestres estaban ebrios; el alcohol bebido durante la noche y la madrugada, mientras se velaba el cadáver, los excitaba tal vez a esa inconsciente melancolía.

Me acerqué a uno de ellos, un viejo de luenga barba gris, un *campañista* de uno de los fundo colindantes, y le pregunté en voz baja:

—¿A quién llevan?

—Es a la Maiga, señor, la hija de don Manuel, el que vive en las «Tres esquinas»,—me respondió, sacándose lenta y respetuosamente su agujereado sombrero.

Dirigí la mirada a mi alrededor, y entonces vi sobre la tierra negra del camino unas angarillas sobre las que se amontonaba un bulto envuelto en una tela sucia y harapienta. En la parte superior del cuerpo, que tal vez correspondía al seno, había atada una pequeña cruz blanca de madera de álamo; y a poca distancia, los angarilleros sentados en el suelo, con las mangas arremangadas, fumaban tranquilamente sus cigarrillos de hoja.

Contemplaba casi sin atrever a moverme, como entumecido de frío, las angarillas, el bulto negruzco, inmóvil, esos hombres tan pobres...

La Margarita, la *Maiga*: y una imagen de mujer venía a mi memoria... Yo la había conocido en otro tiempo. Un día nebuloso y frío como éste, en que, acompañado de algunos amigos jóvenes y alegres, iba de caza, me había detenido a beber una copa en la fonda donde vivía aquella muchacha.

Me parecía ver aún su enmarañada cabellera castaña, sus largas trenzas, sus grandes ojos pardos inclinados ante las brascas galanterías de mis compañeros de caza, mientras ella sostenía respetuosamente el platillo, esperando que bebiésemos, sonriéndose como avergonzada...

Miré una vez más hacia la tierra, y entonces advertí unos pequeños zapatos manchados de barro que sobresalían de la mortaja.

No sé si la calma de ese día de invierno o el silencio de aquel cortejo campesino me inclinaban a la contemplación; el hecho es que permanecí inmóvil sobre mi caballo, observando minuciosamente los detalles de la escena.

En medio del círculo de jinetes, había dos individuos desmontados, con la cabeza descubierta, a poca distancia del cadáver.

El uno era don Manuelito, el propietario de la *chingana* de las «Tres Esquinas», a quien apodaban *el Peuco* en los alrededores, a causa de ciertas rapacerías antiguas y modernas. Era un viejecillo flacucho y encorvado, con ese aspecto sucio y miserable que se advierte generalmente en nuestros campesinos ancianos. Vestía una larga manta vieja y deshilachada, unos pantalones de mezcla muy cortos y unas ojotas embarradas. Su rostro escuálido y anguloso, sus ojos pequeños, oblicuos y vivaces; sus cejas que se alzaban a cada instante con un movimiento nervioso y maquinal; su escasa barbilla gris y la contracción de sus delgados labios, le daban una expresión de malicia siniestra. Dirigía rápidas y pene-

trantes miradas en todas direcciones, como inquiriendo la causa de todo aquello; de cuando en cuando, pasaba lentamente su gruesa mano de trabajador por la cabeza amarrada con un pañuelo de rayas coloradas.

El otro individuo era un muchacho de elevada estatura, esbelto y desgarrado, de rostro muy moreno, y al parecer de unos veintidós a veintitrés años.

Su traje de campesino casi nuevo, la pequeña manta de colores resaltantes, el sombrero de pita, las grandes espuelas enchapadas en plata y un pañuelo de seda azul que llevaba anudado al cuello, formaban vivo contraste con la pobreza de la indumentaria de los otros dolientes. Permanecía inmóvil, con la cabeza inclinada y los brazos caídos. Sus ojos, enrojecidos y dilatados, fijos con persistente atención en el cadáver que tenía delante, brillaban como ascuas bajo las cejas fruncidas. Su barba, un poco alargada, temblaba convulsivamente.

De pronto, el muchacho alzó bruscamente la cabeza, dirigió la mirada hacia un punto indefinido, y, lanzando un hondo suspiro, exclamó con voz fuerte:

—¡Ya la Maiga no aposentará más por estas tierras!

Y luego, volviendo lentamente hacia el viejo su rostro contraído que parecía animarse con una sonrisa, agregó con acento de dulce y dolorosa reconvención:

—Don Manuel, don Manuelito, si Ud. me hubiese escuchado cuando le hablé, esto no habría sucedido. Ud. se acordará de cuando fui a su casa y le dije lo que había.

El viejo, al oír estas palabras, volvió violentamente la cabeza a otro lado, y dijo con tono breve y seco:

—Y qué sacas con venir a hablar de eso ahora!

El muchacho insistía dulcemente:

—Pues ahora es cuando hay que hablar, don Manuel, para que se sepan las cosas, ahora que es el último día ... Ud. lo sabía muy bien que la Maiga y yo estábamos palabreados.

El viejo movió despreciativamente la cabeza, murmurando entre dientes:

—A buen caballero le iba yo a entregar mi hija.

Y en seguida agregó, irónicamente, en voz alta:

—Ya que estás hablando tanto ¿por qué no cuentas aquí cuánto tiempo estuviste en la cárcel?

Al escuchar esto, el muchacho le dirigió al viejo una mirada torva, cargada de contenido rencor, y le dijo con voz sorda y amenazadora:

—Don Manuel, don Manuel, no me venga a decir esas cosas...

De repente, su vista, turbada por el alcohol y la cólera, me percibió, y entonces, alzando violenta y descompasadamente los brazos, echando atrás la cabeza en ademán de súplica, avanzó hacia donde yo me encontraba, dando traspié, enredado en las espuelas y gritándome a grandes voces con ese acento agudo y discordante del ebrio excitado por la pasión:

—¡Mi señor, mi caballero, por favor no se vaya; oiga, oígame, porque don Manuel me quiere avergonzar aquí, y yo voy a contarle a Ud. lo que ha hecho él!

Llegó cerca de mí, y apoyando pesadamente uno de sus brazos en el cuello de mi caballo, mientras acciona-

ba con el otro, principió a hablarme con voz monótona y entrecortada:

—Mi caballero,—y ahí están todos para que atestigüen si no es cierto lo que digo—cuando vivía mi padre, fuí un día a ver a don Manuel y le dije: Don Manuel, yo he palabreado a su hija de matrimonio, y vengo a saber si Ud. consiente. Y él me dijo que sí, al principio; pero, después, como le llegaba gente a su casa y la Maiga les cantaba, y como vió que también venían caballeros a gastar por ella, me dijo que no. Al poco tiempo supe que el negocio iba muy bien, porque los caballeros venían por la Maiga, y andaban detrás de ella con el consentimiento de don Manuel, que le pegaba a su hija porque no era condescendiente. Cuando me contaron que don Manuel la había entregado a un caballero, por plata que recibió, y ya mi padre era muerto, la Maiga se quería venir conmigo, pero yo no quise nunca. Y ella sufría por mí, y me mandaba recados de que fuese a verla. Casi siempre la encontraba por el camino, muy elegante, y se sonreía, y como que quería hablarme; pero yo, que tenía partido el corazón, le picaba las espuelas a mi caballo, porque ella había andado en cosas que no podía aguantar. Después, lo vendí todo y me puse a remoler por culpa de ella, hasta que le dí una puñalada a uno, y me metieron a la cárcel; y ahí he estado padeciendo, señor, y todo a causa de este hombre que vendió a su hija y me ha hecho desgraciado!

Y ahora, mi caballero, dígame si no tendré razón para avergonzar a este viejo delante de todo el mundo, ahora que vamos en este entierro a dejar a la Maiga, que se

murió de pena porque yo no me acerqué a ella... porque me quería!

Al terminar, dejó caer violentamente la cabeza sobre el cuello de mi caballo, restregó con desesperación la frente contra las crines, y prorrumpió en un largo e inarticulado gemido de borracho...

Lo aparté suavemente y me alejé al galope...

En las montañas

A Nicolás Peña.

Univ. of Arizona Library

Me parece verlo todo aún; pero tan confusamente, tan lejano, y, sin embargo...

Allí está el pequeño chalet, y, a la entrada, el jardincillo y la senda de arrayanes en flor; al frente, los hornos del establecimiento de fundición, enormes y negros; más allá, los tapiales y los potreros, los verdes potreros de alfalfa junto al río Cachapoal, cuyo sordo ruido me parece escuchar todavía.

Y estoy allá, en la ribera de ese río, entre aquellas grandes piedras violáceas, lamidas por el agua espumosa, tan lisas, tan extrañas... ¡Cómo brillan sobre la arena los guijarros de colores! Los hay rojos como la sangre, blancos como el alabastro y oscuros como el hierro. ¡Cómo caen y desaparecen en la corriente, lanzados por mi mano infantil; con qué ruido metálico chocan contra los grandes peñascos!

Y veo el sauce seco al lado de los corrales; y también

estoy yo, allá arriba, encaramado en sus últimas ramas, como un conquistador, rodeado de rapaces harapientos de ambos sexos que, admirados de mi audacia, permanecen desde abajo contemplándome con la boca abierta. Voy a hacer una prueba, una maroma nunca vista... Los niños gritan, agitando atemorizados las manecitas; la rama cruje... mi pie resbala, y caigo, caigo pesadamente sobre la dura tierra. No es nada, me voy a levantar al instante; no es nada, y mis rodillas permanecen como clavadas en el suelo. Los niños corren hacia la casa dando alaridos; una sirvienta viene azorada; trato de levantarme, y ruedo de nuevo por el suelo. La sirvienta extiende un gran pañuelo verde y negro y me lleva, como en un saco, mientras aprieto los dientes para no gritar y dos gruesas lágrimas resbalan por mis mejillas...

* * *

Me veo en el interior de la casa. Al frente está el ancho parrón que da sombra a todo el patio. Mi cuerpo se hunde en las hojas secas que tapizan el suelo al pie de los grandes sauces, que se inclinan sobre el baño; mi cabeza reposa en las rodillas de Regina.

Regina es morena y pálida. Tiene los ojos verdes y los labios rojos y frescos.

Y Regina y yo estamos rodeados de tencas, de tordos, de zorzaes que corren y saltan a nuestro alrededor, o que se acercan abriendo el pico y agitando las alas... Regina hunde la mano en el delantal y les da de comer a los golosos, que se atropellan y nunca se hartan. Y yo

siento un placer inefable contemplando el cielo azul que parece hacerme guiños a través de las ramas, y el triste, el querido rostro de Regina, mientras ella me pasa la mano por mis largos cabellos de niño. Me apoyo en su blando regazo, y duermo, duermo...

Despierto y oigo voces. Es Regina que habla con Pancho a través de la tapia que da al campo. Yo quiero y admiro a Pancho, porque es el más valiente y el más joven de los arrieros, porque en invierno desafía la nieve de las altas cordilleras para traer la carga de los metales, coge nidos para regalármelos y también porque ha visto leones y aun se dice que ha cazado uno.

Me parece escuchar: Señorita, le traigo lo que me pidió, los *carpinteros*.

Regina se pone de pie rápidamente y se dirige a la tapia, por encima de la cual asoma la roja e imberbe cara del muchacho bajo una chupalla rota, amarrada a las orejas como un sombrero de mujer. Ella avanza dando saltitos: es alta, esbelta y viste como una señorita su traje de percal blanco y rosa. Llega a la tapia y Pancho le pasa cuidadosamente el nido. ¡Cómo se admira Regina, cómo brilla su rostro de alegría, contemplando los animalillos! ¡Cómo brillan también más rojas que nunca las mejillas de mi amigo, cuando Regina le dice:—¡Cuántas gracias, don Pancho! Usted es muy bueno... No tengo con qué pagarle; y, por fin, le pasa la mano por encima de la *pirca*.

Pancho se aleja arreando sus burros. Oigo el ruido de la campanilla de la tropa, mezclado con una canción...

La tarde cae, y Regina acaricia siempre en silencio

mis cabellos, mientras por sus ojos oscuros pásala como una sombra de tristeza...

* * *

El invierno ha llegado y la fundición principia. Durante la noche, alguien entreabre la ventana, y veo, allá, lejos de la casa, una larga fila de hombres que parecen demonios alumbrados por las llamas.

Charlan, ríen y cantan, mientras van arrojándose de mano en mano los trozos de leña que alimentan el fuego en el interior del horno insaciable. En lo alto del cañón de ladrillo brilla siempre una llamita pálida y siniestra, que se destaca con extraña claridad, como otra luna, sobre el azul sombrío del firmamento. La noche está tranquila, fría y perfumada. ¡Oh! ¡qué hermoso, murmura Regina a mi lado cerrando la ventana, y yo me duermo arrullado por las canciones y las risas de los horneros que velan.

La primera nieve ha principiado a caer silenciosamente: el campo está blanco y sin vida; el río, desbordado, brilla, allá, a la distancia, con reflejos de cobre, y mientras rugen sus aguas embravecidas, silba el viento, y la noche parece envolver en una sombra azul y fúnebre la muda extensión del valle; yo estoy en casa de la lavandera escuchando junto al brasero las historias y los cuentos del anciano capataz, don Isidro.

Los chicos se estrechan a sus pies, con los rostros enrojecidos por el fuego, ávidos de curiosidad; Regina, a mi lado, sonríe dulcemente a la llama, y Pancho está

sentado frente a ella en un piso bajo. La luz da de lleno en sus gruesas facciones de adolescente, en sus negros y brillantes ojos, animados no sé por qué ardiente destello de audacia.

Se habla de leones, y el viejo continúa, después de chupar largamente su cigarro, tendiendo las manos callosas sobre las brasas:

—El hombre hacía mucho tiempo que andaba buscando al león. Por fin, se encontraron. El león tenía hambre y principió a hacerle gracias, y se le tendía como un gato... El hombre, que era valiente, se acercó. No tenía sino un puñal. Después no se supo lo que hubo; pero, eso sí, al día siguiente se encontró al hombre muerto, y no muy lejos al animal con el cuchillo clavado en el corazón.

Calla el narrador, y en el silencio, se oye el agudo silbido del viento y el ruido profundo del río lejano.

Y Pancho dice, entonces, sonriéndose a sí mismo, con voz ronca:

—¡Yo sí que he visto una buena! Don Isidro ¿se acuerda de don Simón, el campañista que se heló hace años?

El viejo hace una señal afirmativa y el muchacho prosigue rápidamente.

Un día que fui a cargar leña, lo encontré por el cerro. El hombre andaba con toda la compañía de aquellos perros que parecían terneros. Los brutos llegaban a bailar de gusto, y me gritó:

—Pancho, ya lo encontré; ahora sí que no se me arranca.

—¿Qué, don Simón?—le contesté.

—Pues el que se comió las vacas! (y se reía el hombre).

—¿Y por dónde anda?—le volví a decir.

—Por allá, lejos, ¿ves? entre aquellos quillayes grandes, me dijo; seguía riéndose. Cuando de repente ¡ha vuelto la bestia! y entonces, don Isidro, ¡quién lo hubiera creído! vengo a ver que traía el león muerto colgando a las ancas del caballo. Para qué le cuento el gusto que tuve y la bulla que hubo en la casa cuando llegamos con el regalo.

Al oír esta relación, el viejo sonríe y se soba las manos; los chicos palmotean y se levantan en tropel, acercándose al narrador, y Regina dice en voz baja: Y usted, don Pancho, cuando anda por esas serranías ¿no tiene miedo que el león baje y se lo coma?

—Y ¿para qué estaba éste, entonces?—contesta el muchacho, alzándose bruscamente la manta y mostrándole la cacha de un puñal que lleva al cinto, mientras fija en Regina su mirada ardiente.

Regina baja los ojos y guarda silencio, clavando en el fuego una mirada vaga y sombría.

Se oye una voz aguda y lejana; Regina se pone de pie precipitadamente, diciendo: Me llaman, adiós, don Pancho; y en seguida, sonriéndose:

—No se arriesgue tanto, pues, por los cerros.

Después se estrechan la mano un instante, como avergonzados. Por fin ella me envuelve en su tibio pañuelo y me alza en brazos, mientras el muchacho, siguiéndola hasta la puerta, murmura con voz apagada.—¡Quién fuera el patroncito!

* * *

Ya ha llegado la primavera y con ella el pago general de la faena de invierno. Desde por la mañana, veo a mi padre en el escritorio inclinado sobre unos grandes cuadernos, mientras en el corredor se estrechan los mineros. ¡Qué divertidos son los trajes! ¡Qué negras las caras! Y las venas de los brazos robustos parecen cuerdas.

A la entrada de los potreros se ha construído una gran ramada el día anterior; y allá hay grandes toneles de vino y mujeres pintarrajeadas sobre un elevado tabladillo. Ya la fiesta comienza, y desde la casa se oyen las voces agudas de las cantoras, los gritos y los ruidos de las castañuelas.

Yo, que he andado atisbándolo todo cuidadosamente, he visto por una rendija del pajal a Juan, el criado de la casa, conversando con gran interés con el cocinero, y empinándose a cada instante una botella. Estaban muy alegres. La fiesta continúa y hay gran animación en todo lo que me rodea. De cuando en cuando, llega un borracho hasta la verja a pedir dinero con voz insegura; pero se le despide, y el hombre se aleja tambaleándose y murmurando algo entre dientes.

La noche llega; el tumulto y la algazara aumentan cada vez más.

Una gran luz parece envolver como en una aureola a la ramada lejana, una luz que alumbra intensamente la fachada de la casa. Son las fogatas encendidas por los mineros.

Estoy sentado en mi alta silla, junto a la mesa, mirando coser a mi madre; pero mis ojos se cierran.

De repente, se oyen unos gritos, unos gritos que parecen sollozos.

Regina está apoyada en la puerta, y poniéndose la mano en el corazón, como si la respiración le faltase, exclama con voz ahogada:

—Señorita ¡qué desgracia tan grande! En el pago... han herido a Pancho... lo han muerto!... Ya lo traen; aquí lo traen; aquí viene ¡Dios mío!

Y allá, a la puerta del jardín, se ven luces. Todos corren hacia afuera: los sirvientes se agrupan, exclamando:

—Aquí lo traen.

Y las luces avanzan siempre. Yo me deslizo por entre las piernas de todos.

Ya está aquí.

Sobre unas angarillas, traídas por dos mineros, viene un bulto. Con la luz indecisa de dos velas que vacilan con el viento, veo algo que me hace estremecer: es el rostro de Pancho, de mi amigo. Está blanco como un lienzo; los ojos están abiertos y fijos; las cejas se fruncen, y respira a cada instante ruidosamente.

Todos se inclinan hacia él y lo contemplan fijamente, en silencio.

Regina está ahí también, de pie, detrás de todos; pero no se acerca al herido; permanece inmóvil, con la mirada fija con profunda atención en la espalda de los mineros que tiene delante, mientras todo su cuerpo se agita convulsivamente.

Alguien ordena se envíe a buscar al médico, mientras

otros proponen se mande buscar a la médica; pero los hombres que traen las angarillas mueven la cabeza, murmurando sordamente algo en voz baja.

Se lo llevan a la casa de la lavandera, se lo llevan, y el corredor queda oscuro y desierto. La casa está trastornada, se dan órdenes en voz alta y se oye ruido de caballos.

Voy a la pieza de mi madre, y la encuentro llorando. Me paseo indeciso por el corredor y, por fin, me dirijo a la cocina.

Y al entrar, con la luz mortecina del fogón veo brillar algo muy blanco, allá, entre las sombras, en un rincón.

Me acerco más.

Es Regina. Está de bruces en el suelo y me parece que murmura algo, golpeando su cabeza contra el pavimento.

Le tomo una mano diciéndole:

—Regina, Regina ¿qué tienes?

Me rechaza con violencia, exclamando:

—Déjeme llorar ¡por Dios!... déjeme llorar... y continúa cuchicheando, como si contara un secreto a la tierra:

—¡Oh! Dios mío ¡Panchol!

Casa vieja

De bastante mal humor subí a caballo aquel día para acudir al llamado de mi vecino. Poco me preocupaba la política entonces, y menos me he aficionado a ella después, de modo que no me hacía nada de gracia aquello de ir a servir de secretario *ad honorem* en la junta electoral de la que mi vecino era digno presidente. Pero mi buena forma de letra y el estar cursando leyes en aquella época, me condenaban a hacerles todo el trabajo burocrático a los buenos caballeros que debían actuar ese día como vocales en la instalación preparatoria de aquella junta electoral extraordinaria.

Taloneando perezosamente mi caballejo, pasé, al tranco, bajo la ancha y ruinoso portada del fundo y salí al camino real.

Eran las nueve de la mañana de un tibio y caluroso día de principios de Abril. El sol, un sol de estío, caldeaba de tal manera el aire y la tierra suelta del hondo

camino, que parecía fuera la hora de la siesta. A través de los álamos polvorientos y de los sauces, divisaba los potreros del fundo en que me encontraba y los del vecino que a mi frente se extendían. Los viñedos, cargados de racimos, tenían un reflejo metálico bajo los rayos del sol; las chácaras habían sido cosechadas ya, y grandes bandadas de jilgueros se levantaban chillando, a cada instante, de entre lo secos despojos de los maizales. A la distancia, divisaba el oro brillante de los rastros, destacándose sobre el fondo verde y fresco de las alamedas y de los potreros empastados.

Después de marchar despacio como unas diez cuerdas, llegué al lugar donde me esperaba mi vecino y sus señores vocales. Encontrábame en presencia de una casa de campo, que conservaba huellas de cierta elegancia pasada; pero ahora la esbelta reja de madera que rodeaba el jardincillo del frente se caía a trechos, carcomida por la polilla y la humedad, el pasto crecía en los senderos, las malezas cubrían los prados donde antes se cultivaban las flores, y un viejo sauce, que servía como de ramada para atar los caballos, había tendido tan desmesuradamente sus espesas ramas sobre el techo, que éste aparecía hundido a trechos y cubierto de hojas secas.

En el corredor, a través de las enredaderas, vi, paseándose, a mi vecino don Rafael La Puente que, al parecer, me esperaba con impaciencia.

Al divisarme, salió hasta el caminito de entrada, con su habitual viveza, haciéndome amistosos signos de bienvenida mientras me aproximaba.

Era hombre, don Rafael, como de sus cincuenta años,

pero su escasa estatura, su escuálido cuerpo y el cabello y las barbas que aun tenía negras, hacían que pareciese mucho más joven. Además, su constante alegría, la inquietud nerviosa que siempre parecía dominarle, y el hecho de haberse quedado soltero, le permitían contarse todavía entre los galanes del pueblo.

Hacía tres años que arrendaba el fundo vecino al nuestro y se había dedicado a la agricultura, después de retirarse del ejército con el grado de mayor. Pero, según se decía, su ignorancia en materias de campo era absoluta, uniéndose a esto que más se ocupaba de intrigas políticas lugareñas y de pasar alegremente la vida, que de sus trabajos agrícolas.

Estas eran las causas del abandono en que tenía la hacienda y del desorden que reinaba en el interior de su casa, que se veía siempre llena de alegres compañeros de placer, atraídos por su desprendimiento y juvenil buen humor.

—Aquí lo estamos esperando, señor letrado, para que nos fabrique esas actas; me dijo sonriéndose y estrechándose cordialmente la mano.—Por aquí, adentro, están los compañeros desayunándose para pasar el rato; agregó. Y, con estas palabras, entramos a una vasta sala casi desmantelada y sin alfombra, que, a juzgar por ciertos trozos de molduras que en el techo se veían y por algunos retazos de papel con flores doradas que aun quedaban en las murallas, debió de haber sido el salón de aquella casa en otros tiempos.

En un extremo de esa habitación, alrededor de una mesa de escritorio, divisé a los cuatro señores vocales

ocupados, a lo que se veía, en la grata tarea de vaciar un gran jarro de vino, después de haber hecho los honores competentes a un asado, cuyos restos estaban sobre la mesa. Estos caballeros permanecían sentados en perezosas actitudes de aburrimiento, como adormecidos por las frecuentes libaciones y la abundancia proverbial de esos desayunos campesinos. Como de costumbre, Pedrito Sepúlveda, el amigo inseparable y obligado comensal de don Rafael, les servía oficiosamente de Ganimedes y parecía hacer todo el gasto de la conversación. Su rostro anguloso, picado de viruelas, estaba enrojecido por el vino, y en sus pequeños ojos negros, en las profundas arrugas que surcaban su prematura calva, brillaba una expresión taimada y socarrona de contagiosa alegría.

Al verme, se puso de pie, con el vaso en la mano, exclamando:

—¡Por fin! ya apareció el hombre que nos va a sacar de apuros!

Saludé a los demás vocales, probé el vino que se me ofrecía, e inmediatamente me dispuse, en otra pequeña mesa, a ocuparme de mi trabajo, prestando atención a la conversación mientras lo ejecutaba.

Rodaba ésta, lenta y sin interés, sobre el matrimonio, tema traído tal vez al tapete por la obligada asociación de ideas que despertaba la presencia, entre los vocales, de don Ramón Alegría, caballero como de sus sesenta años, viudo dos veces y célebre en el pueblo por sus dificultades domésticas y sus desdichas conyugales, las que parecían no haberlo escarmentado aún, puesto que

acababa de casarse nuevamente con una bonita muchacha de dieciséis años.

La rozagante figura de don Ramón irradiaba la salud, la vida y el contento; sus ojos claros y bondadosos se humedecían a cada instante, escuchando las picantes bromas que se le hacían, mientras su rostro colorado, del que parecía iba a brotar la sangre, se congestionaba en un acceso de risa y de tos, como el de un niño a quien se hiciera cosquillas.

—Este es el varón fuerte, el gallo que nos da el ejemplo a nosotros, pobre solteros, le decía Pedrito, palmo-teándole cariñosamente el hombro. Y con ésta ya van tres; y de seguro que ya se estará preparando para enterrarla y seguir con la cuarta. ¡Hay que mandarlo a la exposición!

—De envidia hablan, replicaba don Ramón, echando hacia atrás su blanca cabeza y arrellenándose en la silla.

—Y claro que de envidia... ¡ya nos quisiéramos encontrar en su lugar! le contestaba don Rafael.

—Sólo los viciosos y los flojos se quedan solteros; lo que es los hombres de trabajo, se casan, continuaba don Ramón, mirando desdeñosamente al techo.

—Lo que falta ahora es que se nos case don Jacinto, decía Pedrito; con estas palabras aludía a un viejo como de ochenta años, de rostro escuálido, pobremente vestido, cuyo silencio y encogimiento denunciaban a las claras la humildad de su condición.

—Esas cosas sólo las hace don Ramón, que es valiente—contestaba titubeando el interpelado,

—No; quien debe casarse de entre nosotros, hablando

formalmente, es don Modesto, para que nos deje muestras de la madera. Yo, como militar y patriota, lo celebraría.

—Yo me casé, don Rafael, hace ya muchos años, y... ¡con nueve! lo que todavía no ha hecho don Rafael.

Quien así contestaba con una voz grave y gutural, era don Modesto Arredondo. Vestido con una elegante y fina manta de lana de vicuña, que hacía resaltar la excesiva prominencia de su abdomen y la amplitud desmesurada de sus espaldas, don Modesto ofrecía el más puro tipo de nuestros *huasos* acomodados. Frisaría en sus cincuenta años; pero su barba, que ya blanqueaba, sus morenas y colgantes mejillas de tonos violáceos, las numerosas arrugas que cruzaban su estrecha frente y el aspecto de fatiga que se advertía en sus grandes ojos soñolientos, echábanle más edad. Al verlo así, con la cabeza inclinada sobre el pecho, con los ojos medios cerrados, parecía sumergido en un dulce ensueño gastronómico. Contábanse de él, a este respecto, excesos y hazañas dignas de Pantagruel, después de los cuales siempre se quedaba completamente tranquilo. Esta cualidad verdaderamente admirada en nuestros campos, su honradez, su buen juicio, y la experiencia que en materias agrícolas tenía, dábanle gran prestigio y autoridad en aquellos contornos.

—Sí, mi señor don Rafael, es la verdad—repetía gravemente don Modesto—estoy casado con ocho! Puede decirse que desde que tengo uso de razón trabajo para mis hermanas solteras; ellas forman la familia que hay que sostener, y por eso no me he casado nunca de veras.

Después de estas palabras, don Modesto dirigió una mirada vaga y triste a través de la ventana, por la que se divisaba el árido y abandonado jardín; en seguida, contempló un instante el destruído techo de la habitación, cuyas desclavadas tablas amenazaban caer sobre las cabezas de los circunstantes, y, por último, alzando su gruesa mano empuñada, exclamó con voz profunda:

—¡Y pensar, señor, que yo he edificado esta casa, donde antes no había sino piedras y espinales!

—Entonces, don Modesto ¿usted también ha trabajado en este fundo?—le preguntó don Rafael.

—Sí, don Rafael—repuso brevemente don Modesto—esto fué mío. Ese jardín lo panté yo... Ahí han jugado mis hermanas cuando eran chicas. Pieza a pieza levanté este edificio... Usted sabe, don Ramón, lo que nos cuesta a los que no somos ricos todo esto: primero hay que reunir los materiales poco a poco, y así lo demás. ¡Cuánto placer no da cuando se ven subir las murallas!... Y después, cuando uno se encuentra adentro... Cuando se estrenó este salón en que estamos, me acuerdo que dimos una fiestecita. Mis hermanas sabían tocar... vinieron casi todos los vecinos... ¡entonces estaba recién pintado, nuevecito... y nos divertimos hasta el amanecer... ¡Con qué placer me fuí acostar esa mañana!...

—¿A quién le compró esta propiedad?—le interrumpió don Rafael.

—No la compré, don Rafael; la recibí como herencia de mi padre; pero entonces no era sino un pedazo de terreno pedregoso, sin agua, sin cierros, sin casas... yo lo hice lo que es ahora... No tenía capitales; pero un

día, hace de esto algunos años, me encontré en la feria con Daniel Rubio. Conversando, de repente me dijo: «Don Modesto, usted es hombre trabajador ¿quiere que hagamos un negocio?—¿Cuál?—le pregunté.—Tengo por ahí unos quince mil pesos que no hallo qué hacer con ellos; tómelos usted y váyase a la Argentina a traer vacas; vamos en medias». Pues me fuí a la Argentina, mi señor, y compré vaquillas. Cuatro meses anduve durmiendo a puro suelo por la Pampa. Entonces yo era joven y podía hacer esas gracias. Llegué con mi ganado y casi triplicamos el capital. Con esta plata se me ocurrió darle agua al fundo, y después de mucho estudiar me salí con la mía. ¡Qué pastos aquellos! ¡Qué gusto tan grande daba verlo todo verdecito, donde antes llegaban a doler los ojos con la sequedad! Y aquí seguí trabajando firme, porque este asunto del campo, don Rafael, es una rueda que nunca se para...

Al terminar, don Modesto cerró a medias los ojos, mientras sus cejas se contraían levemente.

—¿Y cómo fué a dejar esta propiedad tan bonita?—le preguntó don Rafael.

Al oír estas palabras, don Modesto se estremeció violentamente en su asiento y, mirando hacia el suelo, murmuró entre dientes, con voz ahogada:

—¡Ah! don Rafael, no me quisiera acordar mejor de lo que ya no tiene remedio... Guardó silencio un instante, como entorpecido, entregándose a su habitual somnolencia, y, en seguida, agregó, dando un hondo suspiro:

—¡Bien sabe Dios que yo no tuve la culpa de aquella

ruinal! Como es público lo que pasó entonces, bien se puede contar para que no se piense otra cosa. Sepúlveda ¿Ud. debe de acordarse de Miguel, mi hermano? Fué de su tiempo. Yo hice hombre a ese muchacho; yo lo mandé a Santiago a estudiar. Y habríta querido sacar de él un abogado o un médico que hubiese hecho algo por la familia; pero él se empeñó en ser comerciante.

De Santiago volvió con muy buena letra y sabiendo bastante de cuentas. Aquí, en el pueblo, se ocupó luego en «La Bola de Oro», como interesado en el negocio. Al poco tiempo, se me presentó pidiéndome que lo ayudara para poner tienda aparte. Las hermanas se empeñaron; era despierto, muy amable, y todos hablaban muy bien de él. Le dí fianza en el Banco para todo lo que quiso. Sus negocios marchaban tan bien, que yo mismo quedaba espantado. Tenía la tienda más elegante y surtida de todo el pueblo... todos le compraban. Después adquirió un sitio y edificó la primera casa de altos que hubo aquí. Trasladó su negocio allá, porque decía que estaba estrecho... Me ofrecía plata... les hacía regalos a mis hermanas... Todo lo quería comprar. Durante algún tiempo, pasábamos por los más ricos... Pero, señor, todo era mentiras y más mentiras, y hojarasca, y deudas, y robos...! ¡Estos son los Bancos, esto es el Comercio! De nosotros viven, de nuestra sangre, de nuestro trabajo, de la tierra que nos da el trigo segado con nuestro sudor...! ¡Qué sabía yo, qué sabemos nosotros que todo lo compramos con plata, de estos negocios, de estos enredos y de estas farsas!

Y vino, al fin, lo que tenía que venir... los apuros...

los pleitos...; la quiebra, señor!... la vergüenza que nos aplastó a todos! El tuvo que mandarse cambiar; por allá está con un empleo.

Yo no lo sentía por mí, sino por mis hermanas... No quisiera acordarme del día que nos vinieron a embargar... ¡Cuando tuvimos que irnos! A los pobres viejos, yo trataba de engañarlos; pero ellos muy bien sabían que ya no volverían más aquí... Después, una murió... Y yo mismo, cuando paso por este camino, vuelvo la cabeza, porque me hace daño mirar estos campos...

Y ahora, continuó con voz enronquecida, ¡vivimos en lo ajeno!... Pero Dios me ha de dar fuerzas para recuperar algún día estas tierras de mi padre... esta casa!

Puso, al terminar, su mano temblorosa en el borde de la mesa, dirigió la mirada obscurecida por toda la habitación y se calló. Mi trabajo había terminado hacía rato; un largo silencio seguía a esta relación, y aprovechándome de él, me despedí rápidamente.

Y mientras me alejaba, me parecía que un soplo fatigoso de angustia y desesperación se escapaba de esa vieja casa arruinada y triste... de los verdes campos lejanos.

Paulīfa

¿Llueve, Paulita? le pregunto, abriendo los ojos cargados de sueño.

—Lloviendo toda la noche sin descansar, señor, me contesta, al mismo tiempo que deposita cuidadosamente sobre el velador una humeante taza de café. En seguida, cruza los brazos sobre el pecho y se queda inmóvil contemplando fijamente, a través de los vidrios de la ventana, el cielo, de un gris sucio y opaco, cerrado por la lluvia torrencial. Yo, desde mi lecho, diviso confusamente allá, afuera, las siluetas de los árboles doblados por el fuerte viento del Norte; las nubes tenebrosas que vuelan rápidas hacia el Sur; los campos, de un verde tierno y brumoso, cubiertos de agua; los animales que vagan aquí y allá en los potreros como entumecidos de frío; las gotas que borbotean sin término en las charcas.

—Con este tiempo tan malo, los animales y los po-

bres son los que padecen; agrega Paulita, contemplando tristemente embebida el paisaje.

Después se vuelve hacia mí y me mira sonriendo, con los ojos brillantes, como invitándome a entablar una de esas charlas matinales a que la tengo aconstumbrada, en las que tratamos largamente de toda la crónica doméstica de la casa de campo, de la que ella está muy impuesta como llavera del fundo que es desde hace largos años.

Es una viejecita de pequeña estatura, encorvada por los años y los achaques, vestida de riguroso luto, y a pesar del frío y la humedad de esa mañana de invierno, no lleva por todo abrigo sino un pequeño pañuelo de lana que apenas le cubre la cabeza y el cuello. Sus cabellos grises, ásperos y fuertes, su color obscuro y bilioso, su estrecha frente y los pómulos y las mandíbulas muy pronunciadas, denuncian a las claras su origen araucano. Sólo los ojos son grandes, negros, rasgados e inteligentes. Por fin le digo:

—Y ha sabido de José?

Al escuchar estas palabras, un destello indefinible de orgullo, de embriaguez y de esperanza, parece encenderse de súbito en el fondo de sus ojos, que parpadan; se acerca a mi lecho y me contesta rápidamente en voz baja, confidencialmente:

—De José, de Josesito, mi hijo! sí, señor, ¿cómo no había de saber! Está muy en grande por allá, en Antofagasta. Dicen que ya se salió de ese hotel y que ha juntado plata para poner una tienda. Dicen también que anda muy elegante, que parece todo un caballero. Yo

lo decía que Dios había de proteger a mi hijo tan bueno, tan amante, tan sometido y respetuoso con su madre. Cuando lo puse a servir, el primer sueldo me lo trajo hasta el último centavo, y me dijo: «Aquí tiene, madre, para que se compre todas sus faltas». Después, cuando salía a verme, siempre me traía cualquier regalito. Decía también que yo ya no estaba para trabajar, que él me daría para que descansara en mi vejez. Ahora, tan arreglado, tan cuidadoso de su persona, tan sin vicios... Se interrumpe un instante, apoya la barba en su mano enflaquecida, suspira débilmente, y fijando sus ojos dilatados en el suelo, exclama con voz apagada, como hablándose a sí misma:

—Y ahora ¡tan lejos de mí el pobre niño! ¿Quién me lo atenderá por allá?...

—¿Y le ha escrito desde que se fué? ¿Le ha mando algún recuerdo?

Al escuchar estas palabras, su rostro moreno y amarillento parece demudarse de súbito, cierra a medias los ojos y contesta con voz estrangulada, sonriendo pálidamente.

—Sí... siempre me escribe... desde que se fué, ahí tengo las cartas... se las traeré para que las vea... Es tan atento... También me ha mandado algunos engaños. Dice que no se viene, porque no quiere llegar pobre aquí.—Suspira con esfuerzo, fija los ojos turbios e inciertos en la abierta ventana, y continúa:

—Y pensar que ya va para los tres años que anda por allá. ¡Esto es terrible para una, verse sola en la vejez sin tener a nadie que le cierre los ojos! Guarda silencio un

instante, fijando en mí su mirada triste y abatida, y, en seguida, agrega con dolorosa sonrisa:

—¡Ah! señor ¡qué crimen más grande es la pobreza, porque si yo hubiese tenido algo, José no se me habría ido con ese caballero, su pariente, que le vino a formar tan bonitos planes para llevárselo al Norte! Y ese hombre tiene la culpa de que yo esté padeciendo ahora, termina con voz fuerte, vibrante de cólera y desesperación.

Trata de proseguir, pero la voz se le ahoga en la garganta; su boca se contrae convulsivamente; gruesas lágrimas asoman a sus ojos encendidos, y resbalan lentamente por sus mejillas rugosas, y, por fin, murmura con acento entrecortado por los sollozos.

—Y él...allá...al fin del mundo... y yo tendré que morirme aquí como un perro; porque esto me matará, esto me ha muerto. señor!

Se lleva al pecho las manos, como tratando de desembarazarse de algo que la ahogara, se da vuelta, y se aleja rápidamente, tambaleándose, con el rostro contraído inclinado hacia tierra y la trémula cabeza hundida en los hombros.

* * *

Pocos días después de esta escena, estoy sentado frente a mi escritorio leyendo tranquilamente los diarios, que acaba de traer el correo de la mañana. Por la abierta ventana penetran los tibios rayos del sol de invierno; en el jardín que hay al frente se escucha el lento gotear de los árboles que sacuden el agua de la pasada lluvia,

el grito estridente de las golondrinas, el confuso gorjeo de los pájaros saludando alegremente al buen tiempo. Grandes, espesas nubes blancas se divisan allá entre los árboles del camino real, destacándose inmóviles sobre el húmedo azul del cielo; y un hálito poderoso, embriagante de vida, cargado con el acre perfume de las yerbas silvestres y de la tierra mojada, llega hasta lo más hondo de mi pecho. Todo lo que me rodea, parece nuevo, brillante, claro: los campos, las casas, los montes distantes, hasta la blanca torrecilla del Cementerio lugareño que contemplo, en lontananza, a través de los álamos negruzcos. Yo me siento también ágil, ligero y alegre, con el corazón henchido de no sé qué vaga, indefinible esperanza.

De repente, siento que la puerta de la habitación se abre suavemente; rápidas pisadas que yo conozco muy bien resuenan tras de mí sobre la alfombra. Paulita está frente a mí; trae debajo del brazo un pequeño envoltorio; sus labios se agitan como si deseara comunicarme luego algo importante. Con la luz fuerte y clara que penetra por la ventana, su rostro aparece demacrado, pálido y enfermizo; sus grandes ojos negros, circundados de profundas ojeras violáceas, brillan intensamente con los resplandores de la fiebre; pero su boca sonríe enigmática, maliciosa... Se inclina a mi oído y me dice misteriosamente:

—Hoy me ha llegado carta de él, sabe? Aquí la traigo para que la vea.

—¡Ah! José le ha escrito—le digo.

Me hace un repetido signo de afirmación con la cabe-

za, al mismo tiempo que se busca nerviosamente algo en el pecho. Por fin, saca un pequeño papel todo arrugado y me lo pasa cuidadosamente, diciéndome:

—Léamela, señor, para ver qué es lo que ha puesto ahí.

Es una breve carta que principia con el consabido: «Espero que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud; yo quedo aquí bueno, a sus órdenes. Esta es para decirle que ya muy luego me voy a embarcar. Espero sólo juntar algo para el pasaje, porque hay que atravesar el mar.

«También le diré que yo no me puedo hacer por aquí, porque no hay día que no me acuerde de usted y de todos. También quería decirle que el negocio mío es una cantina. Algo se gana, porque es mejor trabajar solo que no apatronado. Le mando esas cositas para que se abrigue este invierno y se acuerde de su pobre hijo.—*José Morales.*»

Mientras delecto pausadamente en voz alta esta epístola, la anciana, con la mano en la mejilla, las cejas fruncidas y una suave sonrisa en los labios, parece sumergida en un dulce y embriagador ensueño.

De cuando en cuando, durante la lectura, exhala un suspiro entrecortado.

Al terminar, le devuelvo su tesoro, diciéndole:

—José es un buen muchacho, porque se acuerda de su madre, y no es ingrato.

—Ingrato él—me contesta con una expresión de extravío en la mirada—¡cuándo es el mejor, el más bueno de todos los hijos! Vea, mire lo que me manda; y principia

a desdoblar precipitadamente el paquete que traía bajo el brazo. Y allí, sobre la mesa, veo extenderse un pañuelo de colores chillones, de los de rebozo, y un género obscuro de lana, todo muy ordinario. Durante esta exhibición, ella me mira a cada instante con aire inquieto, sonriendo orgullosamente, como diciéndome: ¡Qué le parece!

—Muy bonito, muy bonito está todo, y la felicito porque, al fin, va a ver a su hijo.

—Si ya va a llegar muy pronto, me contesta rápidamente, con los ojos ardientes, llenos de lágrimas.

Por fin, se aleja con su habitual rapidez, haciéndome alegres signos con las manos, agitando triunfalmente, como un trofeo, su paquete.

* * *

Dos días después tuve que hacer un viaje a Santiago, donde me llamaban diversos negocios urgentes.

Regresé una tarde, y conversando con el anciano mayordomo Simón sobre las novedades ocurridas en el fundo durante mi ausencia, le pregunté:

—Y ¿qué ha habido de nuevo por acá?

—Lo único que hay de nuevo, señor—me contestó—es que doña Paulita está en las últimas.

—¡Cómo!—le dije sorprendido—¿y qué tiene?

—Hacía tiempo que andaba enferma, sin querer decir nada. Usted sabe lo ágil y alentada que era; pues se lo pasaba los días enteros sentada en el corredor mirando para el campo, y tan triste, sin hablar cosa. Ahora, enfla-

queciendo de día en día que era una compasión, hasta que se quedó en los huesos. Yo creo también que en mucho entraba la malura de cabeza, porque todo se le volvía hablar de José, que le había escrito, que iba a llegar... Allá, a mi casa, iba siempre a mostrarme las cartas para que se las leyera, y entonces sí que se ponía contenta. Hace como diez días cayó a la cama... Vino a verla el doctor, y dijo que era consunción, vejez, y que no tenía para qué volver, porque la encontró sin remedio. Ayer traje al señor cura del pueblo para que le pusiera la extremaunción y la confesara. Está muy mala, señor; parece que no pasará de esta noche.

—Vamos a verla—le digo, hondamente conmovido con la noticia.

Al entrar a la habitación de la anciana, situada en la parte baja del edificio destinada a la servidumbre, ví a un individuo desconocido, de manta, que estaba sentado en el umbral de la puerta, quien, al verme y para dejarme paso, se puso de pie respetuosamente con el sombrero en la mano.

En el interior de la humilde estancia, a pesar de ser de día aun, una vela, colocada frente a las imágenes, difundía su claridad triste y amarillenta; algunas mujeres, sirvientes de la casa, arrodilladas aquí y allá sobre la estera, rezaban en voz sorda y monótona. De cuando en cuando, un hondo suspiro ahogado interrumpía la fúnebre calma que reinaba en la habitación.

Allá, en un rincón sepultado en la sombra, distinguí el lecho donde la anciana yacía. En su rostro terroso, profundamente demacrado, vagaba ya la fría majestad

de la muerte. Sus ojos, entreabiertos, como velados por una bruma espesa, se fijaban allá, muy lejos, en lo alto; sus labios, fuertemente plegados, denunciaban el misterioso y terrible trabajo de destrucción que se operaba por instantes en su ser; sus manos delgadas y huesosas vagaban continuamente sobre la colcha, como tratando de coger a puñados algo invisible que por el aire vagara, y que se le escapaba siempre...

—Paulita—le digo en voz baja—¿me conoce?

Al escuchar estas palabras, su cabeza rueda lánguida sobre la almohada, volviendo el rostro hacia mí; sus ojos se agrandan bajo las cejas fruncidas, y sus labios se agitan trabajosamente, pareciendo murmurar algo en secreto. De pronto, su semblante se anima y dulcifica, un gesto de íntima satisfacción se dibuja en su boca contraída, y no sé qué luz interior parece iluminar su frente inmóvil; destellos fujitivos y ardientes se reflejan rápidamente en el fondo de las oscuras pupilas, cuál los últimos resplandores de una lámpara próxima a extinguirse; su cuerpo se agita débilmente bajo las ropas, y, por fin, con una voz sorda, lejana, vacilante, entrecortada por el estertor de la agonía, murmura pausadamente, como en un sueño.

—José... Josesito... ¿estás ahí? ¿Has llegado al fin, hijo?... Acércate... pero... ¡tan flaco, tan distinto! ¿Por qué te pierdes ahora? ¡Abrázame... así... Y tan elegantel... ¡Dios te bendiga! Pero ya te vas... ¡No vuelves más!

Después lanza un grito ronco y profundo; hace una gran aspiración; exhala un leve suspiro, y se queda para

siempre con los ojos entreabiertos y sin luz, fijos en el mas allá tenebroso...

Al ponerme de pie, veo a mi lado al individuo desconocido que estaba sentado a la puerta, cuando entrara. Es un anciano de cabellos grises, pobremente vestido. Con la cabeza inclinada contempla fijamente a la muerta. Y yo, para disimular mi emoción, murmuro entre dientes:

—Pobre José ¡cuánto va a sentir esta desgracia! ¡Tanto que quería a su madre; tan buen hijo!

El anciano, al escuchar estas palabras, hace un violento gesto de negación con la cabeza, y exclama con voz velada, sonriendo irónicamente:

—José, buen hijo, señor! cuando es él quien tiene la culpa de lo que estamos viendo, de que mi pobre comadre...

—¿Cómo?—le digo, mirándolo sorprendido...

—Sí, señor—agrega—porque desde que se fué al norte, ya no se acordó más de que tenía madre; no le escribió nunca; y como han llegado las noticias de que por allá las está echando de caballero...

—¿Y esas cartas que ella andaba mostrando a todos?

—Se las escribía yo, señor, que soy su compadre; porque la pobre vieja me decía que no quería que nadie supiera nunca que su hijo era un ingrato.

—¿Y los regalos?

—Los compraba ella misma en el pueblo con sus ahorros, para venir a enseñarlos aquí en la casa. Yo creo que ella misma trataba de engañarse al fin, porque no tenía la cabeza buena de tanto sufrir...

¡Pobre doña Paulita, al fin ha dejado de padecer! y al terminar, el anciano va lentamente a sentarse, allá, en el umbral de la puerta, donde se queda en silencio, meditando, al parecer, con la barba apoyada entre las manos.

El forastero

Un día que conversaba tranquilamente con el viejo mayordomo Simón, de diferentes tópicos, éste me dijo de repente:

—Sabe, señor, que nos ha llegado un peón nuevo.

Esta era, a la verdad, una buena noticia, porque los trabajadores andaban escasos y las labores de la estación eran múltiples y variadas.

—Y ¿cómo se llama ese peón? le pregunté.

—Se llama don Floro Retamal, murmuró con cierto airecillo socarrón que no me pasó inadvertido.

—Y ¿de dónde viene?

—De lejos, de las montañas de Longaví. Pero el hombrecito es viejo... continuó recalcando estas últimas palabras.

—Y ¿qué importa, si sabe trabajar?

—Es que apenas puede ya con sus huesos.

—Ocúpalo entonces en arar la viña.

—Tal vez no alcance a cargar con el arado.

—Ponlo a abrir desagües...

—Menos se podrá barajar con la pala; a la media hora estará cansado.

—Dile que arranque zarzamora o desgrane ese maíz que hay en la bodega...

—Quería decirle también que yo lo tengo alojado allá, en mi casa... Ahí está desde que llegó...

—¿Entonces es solo?

—Solo, señor, sin nadie en este mundo.

Comprendí sin esfuerzo, al llegar a esta parte de nuestra conversación, que Simón la había promovido con el único objeto de darme a conocer que él era también hombre caritativo, rumboso, persona, en fin, que se gastaba el lujo de tener alojados en su casa.

Un día que fuí a dar una vuelta por las viñas, conocí al nuevo peón forastero. Era, en efecto, un anciano como de sus ochenta años, de elevada estatura, algo encorvado por la edad y vestía con cierta decencia. Un viejo sombrero de pita cubríale la cabeza, gastaba manta de lana de guanaco y botas de alto tacón. Su rostro enflaquecido, pálido y extenuado, poblado de una larga barba blanca que le llegaba al pecho, era del más puro tipo peninsular, y me hacía pensar involuntariamente en si ese pobre peón anciano e inútil no sería tal vez algún descendiente directo de aquellos primeros soldados españoles, que llegaron a nuestra tierra en los remotos tiempos de la Conquista.

Como decía don Simón, el buen hombre tenía las fuerzas agotadas por los años. Cogía con sus largos brazos

descarnados el grande arado americano, y a mí me parecía escuchar el crujido de sus viejas articulaciones, cuando, con angustioso esfuerzo, lo levantaba para hundirlo en la tierra reseca y dura. El flaco caballejo que guiaba con unas riendas de cordeles, se le extraviaba a cada instante entre las parras, enredándose aquí y allá, quebrando los sarmientos de la viña recién podada. Los demás trabajadores que componían la faena, en su mayoría jóvenes y vigorosos, labraban diez surcos, mientras el anciano a duras penas, conseguía abrir uno, en medio de bromas y dicarachos:

—Este don Floro va a salir acabando con la viña...

—Deje tranquilo, abuelo, a ese pobre bruto; no ve que le está diciendo clarito: mejor estaría comiendo pasto, que no andar a encontrones con las parras...

—Ya se le arrancó otra vez...

Y el viejo, sudoroso, enrojecido, acezando, sin alientos, corría desalado, con los brazos tendidos, tras el caballo fugitivo. Después reanudaba silenciosamente la abrumadora y estéril tarea, indiferente, al parecer, a las risas y al barullo de toda aquella gente moza, robusta y alborozada.

Pasan días, llega el sábado, y con él el pago general de la peonada de la semana. Es ya la tarde. El mayordomo trae, como de costumbre, en su grasienta libreta, cuajada de números y jeroglíficos imposibles, las planillas de los peones que se agrupan en el corredor; y los va llamando uno por uno, al mismo tiempo que descifra trabajosamente los nombres y los días de jornal, y yo voy haciendo los pagos, apuntándolos en los libros. Si-

món, con aire grave, hace recomendaciones, da paternales consejos de moralidad práctica al entregar el dinero:

—Sordo, ándate de aquí derechito donde tu mujer, y llévale esa plata; no te vayas a emborrachar.

—Candelilla, estás muy alcanzado con la hacienda: debes diez pesos; toma dos y no me digas nada, porque entonces no te doy ni un centavo. No me dejes de salir el lunes para que te descargues.

Se siguen protestas, risas, murmullos, súplicas de los deudores:

—No tendremos ni para el pan de los chiquillos... exclaman algunos; pero Simón, que bien los conoce, guiña los ojos y permanece inflexible. Al fin, todos se retiran tranquilamente y, al parecer, resignados.

—¿Y usted, don Floro, cuántos días nos ha trabajado? dice el mayordomo, con cierto tonillo despreciativo, dirigiendo una mirada al anciano forastero que, de pie, apoyado en un pilar, permanece silencioso, dándole vueltas lentamente a su sombrero de pita.

—Ud. lo ha de saber mejor que yo, don Simón; para eso está aquí, contesta secamente el interpelado.

—Seis días, a un peso...

Le entrego a don Simón el dinero y éste se lo pasa al peón. El pago ha terminado y el mayordomo se retira.

La noche ha caído ya por completo y yo permanezco sentado todavía en el corredor, contemplando la nevada cordillera que tengo al frente, que parece muy cercana a través de los gruesos troncos de los álamos del camino y la calma profunda de los potreros silenciosos, llenos de sombra...

De pronto, de uno de los pilares, se desprende un bulto y se dirige hacia mí. Es el anciano peón en cuya presencia no he reparado; veo en la obscuridad brillar su larga barba blanca; avanza encorvado, respetuosamente, y dice con voz insegura:

—Señor, antes de retirarme, porque me voy a ir de aquí; quisiera decirle algo a su mercé...

—¿Por qué te vas?—le pregunto.

—Porque... Luego lo sabrá... y, además... bien veo que ya no estoy para trabajar. Pero es de otra cosa de lo que quería hablarle...

Guarda silencio un instante, y en seguida continúa, elevando ligeramente el tono de su voz gastada, de anciano.

—Simón le habrá dicho que estoy alojado en su casa...

—Lo sabía, le contesto.

—Pues bien, quería decir a Ud. antes de irme, que yo tengo mis derechos para estar allá. Yo no soy un limosnero en esa casa.

Y en estas palabras vibra un indefinible, un profundo acento de orgullo contenido. Guarda silencio un instante, como para reunir sus ideas y continúa:

—Señor, aquí donde Ud. me ve y aunque parezca fantasía, yo también he sido lo que se llama un rico... He vivido en lo propio, y con casas y animales y sirvientes a quienes mandar. Esto hace años, señor, muchos años; éramos jóvenes entonces... Pasábamos buena vida trabajando y gozando en el trabajo... ¿Conoció Ud. al finado don Pancho Zurita? (Me habla de un rico propietario fallecido treinta años ha); yo le serví... Era un buen

caballero... Todo lo que había al sur del pueblo era de él; y los potreros los tenía llenos de vacunos; no se mataban otros animales en la ciudad que los de él; allá, a su casa, iba todo el pobrerío a comprar la carne... Yo, señor, cuidaba del ganado, y nunca, puedo decirlo, le faltó una cabeza... Era un buen patrón; siempre alegre. ¿En qué fiestas faltaba? Si había carreras, ahí estaban sus caballos; si topeaduras, nadie le pasaba sus animales; y bueno para la diversión hasta con los hombres pobres... Muchos años le serví. Un día me dijo: «Floro, ¿quieres trabajar en lo propio?» Yo me quedé callado, mirándole. Después me dijo: «Tú eres un muchacho honrado y quiero que hagas plata. Andate de aquí a la Dehesa; elige a tu gusto 150 vaquillas y llévatelas por diez años para la cordillera... En medias». Entonces eran los tiempos en que las vacas valían catorce pesos... Me fuí, pues, mi señor, a la montaña y allí me estuve diez años invernando en las casas de piedra, que es como decir bajo los peñascos y entre la nieve... Era buena vida aquella, señor, porque uno no tenía tiempo de pensar en el frío, ni en los hombres, al ver cómo iba cundiendo la crianza...

Al fin de aquellos diez años nos partimos con don Pancho, y le dije: Yo, señor, estoy hecho por allá; voy a ver modo de quedarme y comprar un pedazo de tierra; y así lo hice. Me compré un suelo que era para todo: para vacunos, para ovejas y para siembras. Edifiqué con mis manos una buena casa con sus huerto y sus corrales, le planté un parrón para tener licor en los inviernos, y ahí estuve viviendo un tiempo largo...

Una vez, hace de esto muchos años, llegaron por allá

unos jóvenes Norambuena, a quienes conocía. Eran carreteros y me pidieron alojamiento y talaje para sus bueyes; venían en lo propio; llevaban vino que vendían muy bien y buscaban corderos y cabros para llevarlos de retorno. Iban con las mujeres, los chiquillos y hasta con los perros. Yo los alojé y me estuve divirtiendo con ellos, porque casi siempre lo pasaba solo. Ellos eran mozos entonces, mucho más que yo, y amigos de la diversión. Una noche llegaron unos de la otra banda; ahí se hicieron amigos; se pusieron a tomar vino, a cantar y a bailar que era un contento. Después los argentinos sacan naipes y les ponen monte; y se cerraron a jugar que daba lástima, y como los carreteros no tenían la cabeza muy buena, aquí tiene, su mercé, que pierden hasta los bueyes de las carretas. Los argentinos les habían ganado todo. Y ahí se quedaban sin tener cómo volverse. Yo, que ví esto al día siguiente, les ofrecí prestarles bueyes para que se fueran a sus casas donde decían y pintaban que tenían de cuanto hay. Y así se fueron, señor... Pasó el tiempo y no me devolvieron los bueyes, y yo no ponía mucha atención en esto, esperando de día en día que llegaran; pero no llegaron nunca...

Después a mí me vinieron los tiempos malos y principié a empobrecer. Un caballero de Santiago compró un fundo grande, inmediato al mío; y como vió aquella tierra tan bien trabajada, se le abrió el apetito. Se fué al pueblo, vió abogado; el abogado le encontró no sé qué a la compra que yo había hecho, y, entonces, me metieron pleito. Y aquí tengo que venirme a la ciudad y principiar a padecer; todo era trajines y gastos en pago por

los papeles y a los tinterillos, y así fué como fuí vendiendo todas mis cosas. El abogado que yo tenía me lo compró el rico; el pleito lo salí perdiendo al fin, las costas me llevaron los animales que me quedaban, y, no mucho tiempo después, vinieron a quitarme aquellas tierras y me dejaron tan pobre como era antes, y sin amparo de nadie, porque don Pancho Zurita era muerto hacía años. Ya nada tenía que hacer en la cordillera, y entonces, resolví a venirme por acá y principié a noticiarme de los que me habían traído los bueyes para ver si se acordaban. Un día me dijeron que estaban en este fundo, en la casa de don Simón, que es su hermano.

Llego y nadie me conoce; pregunto por aquellos jóvenes y me anuncian que son muertos hace años; sale una mujer: era la viuda de uno de los finados; estaba vieja, enferma, llena de familia y trabajando al día para mantenerlos.

Al fin se acordó; nada tenía con qué favorecerme, porque ella estaba también de allegada en casa de don Simón. Al fin me ofreció alojamiento, y ahí me lo he pasado, todos estos días ayudándole en lo que podía, calentándome al fuego y mirando las cenizas... ¡Qué le había de decir si la veía tan pobre como yo!...

—Y ¿a dónde te vas ahora?—le digo.

—A recoger algunas cosas que me quedan por ahí...

Guarda silencio nuevamente y luego agrega con humilde gravedad:

—Esto era todo lo que tenía que decirle, señor, porque yo no quería que usted se quedara creyendo que yo había estado de allegado por acá...

Se calla nuevamente y en seguida agrega en voz alta como hablándose así mismo, al ponerse en marcha:

—Ha estado de Dios que yo había de nacer y morir pobre...

Y con estas palabras se aleja andando a grandes zancadas que hacen temblar su largo cuerpo enflaquecido como el de una pobre bestia fatigada y enferma, y lo veo perderse así en la sombra vaga y borrosa del camino real...

El clavel rojo

A Francisco Contreras.

Sí, me dijo, continuando mi amigo, donde Ud. me ve, yo también me he ocupado de letras, hace ya muchos años escribí versos, prosa y hasta afronté la publicación, pero como todo pasara inadvertido y no diera ni honra, ni dinero, aquí me tiene Ud. sembrando papas y tratando de hacer plata, para vivir tranquilamente lo mejor que se pueda. Por ahí, en mis cajones, conservo aún algo inédito, revuelto entre papeles; y ya que Ud. me dice que piensa publicar un libro de novelas cortas, le traeré uno de estos días algunos de esos ensayos, para que vea modo de aprovecharlos dándole la forma que quiera.

Quien así me hablaba en una hermosa mañana de primavera, allá en el fundo, era uno de tantos ensayistas como se encuentran en nuestra tierra, de esos que después de soñar mucho y tentarlo todo sin éxito alguno, terminan por marcharse al campo a olvidar en él muchas heridas ocultas, muchas ilusiones fracasadas.

Le acepté el ofrecimiento; y he ahí esas breves e ingenuas impresiones, casi iguales a las que me obsequiara mi buen amigo.

* * *

Ya he cumplido catorce años y la vieja casa está como encantada para mí en estas vacaciones.

A mi desatinada turbulencia de otro tiempo, ha sucedido una gravedad extrema. Mi vida ahora obedece como a la ley de un ritmo; estoy tranquilo, acaso triste, pero mi tristeza a nadie hace mal, y yo me siento tan hondamente enorgullecido.

Me paso las horas perdidas sumergido en pensamientos vagos y profundos, pero tan armoniosos... El vuelo de un insecto que atraviesa el espacio, el perfume de una hoja de madreselvas, me sumergen en éxtasis sin fin.

Siento que mi alma comprende, por fin, su objeto, y me digo: ya está hecho todo, nada tengo que esperar. La vida se pasará así...

Comprendo que soy superior a todos; hablo como soñando, desdeñosamente. Ellos no saben mi secreto, pienso; y callo y me sonrío con ternura.

No me muevo de la casa en todo el día; me paseo largo rato, tranquilamente, por mi piececilla de estudiante, sin hacer nada, deteniéndome a veces delante del espejo; y, por fin, siento el deseo de ir una vez más a la pieza de mi madre.

Allí están ella y mi prima Natalia, ocupadas en costuras y en tejidos. Natalia tiene quince años y ha venido a

pasar las vacaciones con nosotros. Mi madre dice sonriéndose, al verme entrar:

—Natalia, ocupa a este flojo en desenredar tu madeja.

Yo me acerco, me siento junto a mi prima en una sillita baja y tiendo los brazos, mientras ella me rodea cuidadosamente las muñecas con la madeja y principia a formar la pelota de lana.

Y yo al mirarla, comprendo vagamente mi secreto; mi corazón palpita y se abre contemplando las pesadas madejas de sus cabellos negros peinados a la colegiala, su tersa frente, sus grandes ojos claros, que fija de tiempo en tiempo en mí detenidamente y en cuyo fondo, límpido y sereno, donde brillan rayos de ternura, me parece que se refleja todo mi ser.

De repente mi brazo tiembla; la madeja se enreda, me esfuerzo en desenredarla, mientras mi prima me dirige una mirada baja, con la que parece darme las gracias por lo que he hecho. Me inclino aturdidamente a recoger la madeja, mis cabellos rozan el percal del vestido de Natalia y me alzo estremecido con las mejillas encendidas de felicidad.

Y después, paseándome por el corredor, pienso—¡Ah! vivir así... contemplar sus ojos... ¡No te pido más, Dios mío!

Pero un día viene un médico del pueblo vecino a visitar a uno de mis hermanos.

Después del examen del enfermo, el doctor hace sus últimas recomendaciones en el viejo salón de la casa. Es un joven elegantemente vestido, de pequeña estatura, ojos vivos y risa simpática. Habla con aire de afectada

desenvoltura y gestos fatigados, pronunciando a medias las palabras técnicas, y contempla sonriente a mi prima, que da vueltas lentamente a su alrededor, con una expresión atenta, como si ella sola pudiese comprender lo que él dice. Ella también, de pie, parece abandonarse muellemente a la admiración que produce, y dirige al médico una mirada clara y luminosa, cargada de confianza y de interés. Yo estoy sentado junto al piano y comparo, con humillación, mis gruesos pantalones de invierno, mi manchada chaqueta de brin y mis grandes y rojas manos de muchacho, con el elegante y tranquilo aspecto del doctor; un tumulto de punzantes inquietudes se alza con violencia en el fondo de mi corazón; y levantándome bruscamente de mi asiento me dirijo a mi habitación y me encierro con llave.

Me paseo agitado por mi pieza, pronunciando en voz alta frases entrecortadas:

—Todo acabó... no la miraré más. Todo ha acabado, me repito.

Siento que es menester hacer algo, algo muy grande... Ella verá...! Pero no la miraré... Es menester ahora pensar seriamente... Obrar sin demora. Estudiaré... me digo.

Y dirigiéndome gravemente a mi mesa de estudio, sobre la que está mi pequeña biblioteca, escojo entre mis librerías una vieja gramática francesa. (He fracasado en el examen ese año). Es menester recuperar el tiempo perdido, pienso, tendiéndome sobre el sofá y abriendo sosegadamente la gramática.

Y leo, leo largo tiempo sin entender; las letras danzan

confusamente ante mi vista; y pienso en que ya todo está perdido para mí y en que soy horriblemente desgraciado; me esfuerzo en exagerar mi desgracia: una compasión infinita por mi inmensa desventura se apodera de mí; un nudo amargo parece subirme a la garganta; mis ojos se nublan, mientras las lágrimas inundan sin cesar mis mejillas; y, por fin, abrumado de dolor y exhausto de lágrimas, me quedo dormido con la gramática sobre las narices. Despierto sobresaltado. Alguien empuja la puerta y tamborilea impaciente en los vidrios.

A través de los cristales, donde se reflejan los últimos rayos del sol poniente, diviso confusamente, con alegría mezclada de amargura, el rostro de mi prima bajo una gran chupalla de paja. Viene, como de costumbre, a invitarme a salir a pasear por la viña cercana. Siento que después de lo ocurrido ese día, es menester mostrarme con ella frío y desdenoso. Abro la puerta.

—Apúrate, vamos luego, que se hace tarde, me dice, golpeando el suelo con el pie; y salimos.

La tarde está tibia y serena. El viento se duerme poco a poco en las copas de los álamos; pequeñas nubes inmóviles bordean el horizonte; el sol se pone sin rayos, y sobre la cordillera, que parece fundirse en el azul, la luna llena, como un gran escudo de plata sube lentamente en una atmósfera pesada de vapores.

Frente a nosotros la viña se extiende envuelta en una ligera bruma.

Mi prima marcha lentamente delante de mí, hollando con cuidado la yerba, irguiendo la cabeza como para respirar mejor. En su mano lleva un gran clavel rojo, con

el que juega distraída; de cuando en cuando clava en mí una larga y cándida mirada.

Yo la sigo en silencio con la cabeza baja, haciendo saltar las piedrecillas con los pies. Mientras ella va y viene entre las parras, yo me he sentado en un reguero y contemplo el sol poniente. Y oigo que ella exclama:

—Mira, aquí hay uvas maduras ya. Aquí tengo un racimo casi negro.

El sol se ha puesto; y una gran mancha de oro empañado queda sobre la cordillera de la costa; los árboles, los potreros lejanos y la viña se empequeñecen poco a poco. Mi prima, cansada de correr, está a mi lado silenciosa. Yo contemplo a hurtadillas su perfil inmóvil, sus grandes ojos dilatados fijos en el espacio, sus largos cabellos sueltos bajo la chupalla de paja, la pequeña mano que sostiene la mejilla, fundiéndose todo en la sombra y experimento una angustia vaga e infinita.

De repente ella murmura en voz baja, sin volver la cabeza, como hablándose a sí misma:

—¿Por qué estás triste hoy? ¿No me has dicho que yo era tu mejor amiga...?

Entonces me inclino hacia ella y le digo:

—Oye; confíesame esto: ¿Te casarías con ese doctor? Y ella me contesta sin mirarme:

—¡Qué ideas tienes! ¿No viste, entonces, que era viejo?

En seguida busca en sus cabellos el clavel que traía de la casa, me lo tiende en silencio y continúa contemplando el horizonte envuelto ya en las sombras de la noche.

Candelilla

Un mediodía de primavera, mi padre que se paseaba, como era su costumbre, por el corredor interior de las casas del fundo, me dijo:

—Tienes que ir luego a los potreros de abajo, a Los Montes, porque don Calixto me ha mandado decir que mi medianía estaba mala y se le pasaban mis animales. Anda con el Candelilla para que te señale bien.

Llamé en voz alta y tendí mis miradas por el largo corredor, en cuyo extremo se agrupaban los peones que esperaban el pago, y no vi entre ellos, al llamado Candelilla. Allí estaban, afirmados en los pilares o paseándose y mirando cavilosos el suelo, algunos trabajadores que conocía desde la niñez.

El viejo don Bartolo; el hercúleo Juan Sierra; el Chercán, vejete pequeñito apérgaminado, vestido de andrajos; el borracho y fiel regador del potrero de Santa Teresa, don Sosa; Núñez, el bodeguero; éstos eran, puede decir-

se, los criollos, los aborígenes del fundo; pero Candelilla no estaba.

El apodado Candelilla, a causa tal vez de sus ojos claros y rubios cabellos, era una especie de vagabundo, casi siempre invisible para mí, y muy popular en esos contornos. Sabía yo vagamente que era algo así como un ayudante intermitente del cuidador de animales, sin sueldo y con ración, solamente cuando trabajaba; que muchas noches llegaba a la cocina de las casas a comer cualquier cosa de los restos; que en los veranos, cuando llegaba la época de los cortes y cosechas de trigo, emigraba al sur, a Traiguén, la Victoria, la Frontera, en busca de trabajo, llegando, después, en invierno y entradas de primavera, a refugiarse al calor del fogón hospitalario de las cocinas, como tantos otros.

De pronto, del grupo de peones una voz ronca, alegre, burlona, de acento despreciativo, dijo:

—Patrón, allá viene el Candelilla...

Se escucharon risas contenidas...

Dirigí la vista por todo el amplio patio plantado de enormes eucaliptos y pequeños duraznos florecidos, tapizado de yerba sobre la que corrían y picoteaban las gallinas, encuadrado por diversas construcciones muy bajas. Cocheras, mediaguas, para las caballerizas y las carretas, graneros, la gran bodega del fundo con su único portón y allá, al fin del patio, vi a Candelilla que salía de la cocina y avanzaba hacia el corredor con la cabeza descubierta.

Se detuvo frente a mí con un afectado ademán de respetuosa obediencia. Yo examinaba ahora con interés el

aspecto de ese hombre que antes había mirado con indiferencia. Era un individuo de regular estatura y anchas espaldas, delgado, recio. Vestía una ropa a la que el largo uso había dado un color indefinible; sus pies estaban calzados con ojotas. Y a pesar de la tibieza del día, cubríale el torso una gruesa manta de invierno rota y deshilachada. Se inclinaba humilde ante mí, pero sus redondos ojos verdes, muy claros, fijábalos con risueña expresión interrogativa en mi semblante. Imposible habría sido definir la edad de aquel sujeto, pues los ásperos y lucientes cabellos, el grueso mostacho, las espesas cejas de un rubio claro, denunciaban la juventud, al par que las hondas mejillas fatigadas, sueltas, picadas de viruelas; la estrecha frente, en que las marcadas arrugas parecían cicatrices, hablaban de largos años de trabajos y padecimientos. Y ahora su gruesa boca frunciase en una sonrisa como la de un niño que acabase de cometer una falta, de la que pidiera perdón.

Le expliqué, rápidamente, lo que teníamos que hacer; y mientras me ponía las espuelas, le pregunté:

—¿Hay mucho barro todavía, allá, abajo?

—Algo queda señor, porque el invierno ha sido malo.

Subimos a caballo; y al montar Candelilla la flojísima yegua, casi inválida, que cabalgaba, del grupo de peones, alguien le dijo con voz fuerte:

—¡No se te vaya a cargar la bestia!

Candelilla sonrió vagamente a la broma, mostrando su gruesa dentadura amarillenta.

Marchábamos lentamente aspirando con delicia el puro aire campesino. Mi vista se extendía por el vasto potrero

de las casas donde pacía el terneraje; a lo lejos, al sur, divisaba el caserío del pueblo que se proyectaba amontonándose a los pies de los enormes murallones de cal y ladrillo de la Iglesia inconclusa aun; en el confín de la costa sucedíanse los cercados de perales florecidos de blanco, de sauces cubiertos de hojitas nuevas, los grandes álamos, las tupidas zarzamoras; aquí y allá los pequeños ranchos de paja de los inquilinos, destacaban, con profunda claridad, sus manchas sombrías sobre el cielo pálido y tranquilo. En lo alto una red finísima de nubes cubría el azul, el aire era tibio y suave. Los terneros, separados de sus madres, jugaban no lejos de mí sobre el césped brillante y manchaban el paisaje de colores vivos; bandadas de jilgueros, de diucas, de loicas, de tordos, gozaban de la tibieza de la yerba, de la tierra y de la luz y se alzaban a cada instante ante mis pasos. Por todas partes los grandes charcos de las lluvias del invierno reciente, brillaban inmóviles como espejos resplandecientes. Y yo sentía que una dulce embriaguez se apoderaba de mí gozando de ese hermoso día; recordaba cosas lejanas de la niñez.

Y seguimos atravesando potreros y potreros, unos destinados a la engorda, cubiertos de espeso trébol y vallico; otros, recién arados que esperaban la próxima siembra de chacras.

Al fin llegamos a nuestro destino, el potrero de Los Montes o La Crianza, como indistintamente se le denominaba. Y vi a Candelilla esforzándose en vano por bajar las gruesas varas de un tranquero; me desmonté de

mi caballo y entre los dos corrimos, con dificultad, los pesados largueros.

Le dije sonriendo:

—¡Estás muy falso, hombre!

—Es que este brazo lo tengo malo, me contestó, indicándome, con su izquierda, la mano derecha, en la que observé, inmediatamente, una grande y profunda cicatriz en la muñeca y algunos dedos encogidos y engarrotados.

—Y, ¿de qué te vino eso?

—Fué de un balazo que me pegaron hace años. Aquí en el hombro tengo otro, continuó, y por eso no tengo fuerzas.

—¿Dónde te pegaron esos balazos?

Su alegre rostro se iluminó con una sonrisa tímida, su gruesa nariz aguileña, más encendida y avinada que de costumbre con el reciente esfuerzo, parecía alumbrarle la cara.

Contestó entre dientes:

—Ahí le contaré eso más tarde...

Y yo, atravesando el hondo y sombrío estero cubierto de espeso bosque que aun nos separaba de Los Montes, pensaba en que tales desperfectos debían haber sido causados por una riña precedida de una colosal borrachera, como acostumbraba mi acompañante.

El potrero a que entrábamos formaba extraño contraste con los que acabábamos de atravesar. La espesura era allí inculta, selvática, virgen; las pataguas, los arrayanes, el maqui, el canelo y el litre crecían silvestres, libres y opulentos en las hondonadas pantanosas; las tórtolas y

las torcazas, que aun no emigraban a la montaña, volaban lentamente, descuidadas, de árbol en árbol, sobre nuestras cabezas; de cuando en cuando oíase a la distancia el golpe seco y duro de los picos carpinteros, que labraban sus nidos en las altas y secas ramas de los árboles muertos.

Al desembocar en los claros, veíamos uno o varios terneros de la crianza, que pacían tranquilamente las altas yerbas y nos miraban inmóviles, confiados, con sus grandes y negros ojos purísimos. Todo era allí sombra, frialdad, silencio interrumpido por un movimiento leve, por el grito o el arrullo de un ave, el rumor de una rama agitada por un animal, y después era más profunda la tranquilidad misteriosa de esa pequeña selva.

Atravesando por estrechos senderos, baches y ciénagas, inclinándonos sobre nuestras monturas para deslizarnos a través de la espesa maraña del bosque, llegamos por fin a las medianías.

Candelilla me mostró, cuidadosamente, los deslindes del vecino y los de mi padre, y llegué con mi ocular inspección al convencimiento de que la medianía en mal estado era la del mañoso don Calixto.

Fatigados de marchar por atajos, pantanos y boscosos vericuetos, llegamos por fin a un pequeño alto donde crecían algunos maitenes jóvenes, cubiertos de espesos quintrales. Alrededor de las rojas flores, color de sangre fresca, de los hermosos parásitos, zumbaban bandadas de picaflores que volaban siempre inquietos yendo rápidos de un árbol a otro; lanzando estridentes gritos de alegría, de íntima embriaguez. A los pies de los hermo-

los árboles silvestres, veíase la tierra suelta pisoteada y revuelta por los animales que venían a revolcarse bajo sus frescas sombras.

El sol muy bajo ya sobre las montañas de la costa, lanzaba sus rayos últimos; el cielo despejado de nubes era un azul profundo, purísimo; una helada brisa venía del bosque cercano.

Candelilla se acercó a mí; permanecimos silenciosos a la sombra de los árboles. Le dije:

—Cuéntame al fin cómo te pegaron esos balazos.

Su rostro animado, alegre, enigmático, sus ojos ingenuos, casi infantiles, se ensombrecieron, parecía haber envejecido de súbito; se sacó el viejísimo sombrero, rasgóse fuertemente la cabeza, suspiró, e inclinando el rostro exclamó, como hablándose a sí mismo:

—¡Yo he sido muy padecido, patrón! Si le contara... Yo escuchaba atento...

Alzó la cabeza, miró vagamente a su alrededor, y continuó:

—Yo nací aquí, en este fundo. De aquí son mis padres; mi familia vivía en esta tierra cuando el dueño era el finado don Antonio Pando.

A la muerte de don Antonio, los hijos y las hijas se empobrecieron, según habla la gente, porque había poco trabajo entonces, apenas para poder comer un pan. Yo estaba aquí cuando llegó el patrón de hoy que les compró a todos los Pando... Yo era joven como el patrón, como su padre; era el quesero en este fundo, continuó alzando orgullosamente la voz al recuerdo de aquellos felices tiempos de juventud, de abundancia... Me ocupa-

ban en todo: ¡qué Camilo, aquí, que Camilo acá! ¡con qué gusto trabajaba!

Meditó un instante, y en seguida continuó con una voz misteriosa, con los ojos brillantes, encendidos, tal vez al recuerdo de una felicidad lejana, perdida para siempre.

—Ud. no debe acordarse de todo esto, porque era muy mediano, apenas se levantaba del suelo. Un día llega la señora de Santiago. ¡Qué bulla en la casa con los arreglos, qué trajines! Traía una chiquilla, la Tránsito, muy joven y nada mal parecida. Nos veíamos a cada instante... Pasó el verano; y cuando la señora se volvió para Santiago, aquí me quedé yo con la Tránsito. Me casé con ella, pues, señor. En esto viene la guerra del Perú y principian a enganchar gente en el pueblo. Entonces no entraba nadie a la fuerza. ¡Cómo se llenaba el cuartel! Hacía dos meses no más que me había casado, cuando un sábado que, le confesaré, andaba con mi copa desde temprano, ¿no me da por ir a meterme a la estación? Pues allí había una bolina de gente y músicas, porque pasaba un batallón de los que iban a pelear al norte. Los enganchadores muy amables, y copa y copa con todo el mundo. Sale un futre y se monta a un carro y dice que la patria la tienen traicionada, que la van a cautivar, que todos tenemos que correr a defenderla porque somos sus hijos, que nuestra sangre es poca para darla; y aquí me tiene Ud. perdido y embarcado para la guerra por las palabras de ese futre. Mi mujer, a la que noticiaron de que me iba, alcanzó a llegar cuando el tren ya estaba andando. Y así la vi, señor, por la última vez, llorando sin consuelo y levantando los brazos como si

quisiera sujetarme! Vino la noche en el camino, ya no había remedio! ¡Qué sacaba con arrepentirme!

Cuando llegué al norte, me destinaron al 2.º de línea, y en él hice la campaña con mi finado comandante Ramírez.

Guardó silencio un instante profundamente absorto en sus recuerdos, y, en seguida continuó con grave acento:

—Y allá fuimos mandados a pelear en esa traición de Tarapacá. Los que sabían, dijeron que después de San Francisco, a los cholos los íbamos a agarrar como gallinas, que iban de derrota. Y vamos marchando. niños, muy contentos por aquellos desiertos que parecían brasas encendidas, brasas, patrón, en la cabeza, en las espaldas y en la boca reseca como una yesca. ¡Hubiera visto, señor, algunos compañeros que quedaban rezagados, buceando el agua en la arena, con las dos manos como locos!

Cuando tuvimos el enemigo al frente ya no nos quedaba agua en las caramayolas; el sol siempre en la cabeza y la boca amarga como la hiel. Y bala y bala. De repente mandan bajar a una quebrada; ahí está el agua, decían; los compañeros corren sin obedecer orden ninguna y se ponen de boca a beber hasta empiparse, cuando a los dos lados de la barranca aparecen los cholos como moscas, que nos estaban cateando. ¡Hubiera visto patrón! Todos los sedientos quedaron ahí muertos como patos en bandada. Yo con mi teniente Arrieta y un subteniente Valenzuela, logramos guarecernos de las balas que caían como granizo, en una casita de tejas que había arriba. Allí había muchos de los traicionados. Los cholos

los teníamos siempre tan cerca que le veíamos las caras y les escuchábamos las voces. Nos tenían rodeados; las balas atravesaban las murallas de adobe y el que se asomaba a la puerta era hombre muerto. Mi capitán Necocha estaba allí herido de muchos tiros y pedía a gritos agua y que lo mataran, y nosotros sin poder darle nada, saltábamos por encima de él y disparábamos defendiendo la vida a más y mejor. De repente, por una ventana veo, patrón, como en una estampa, que mi estandarte, el estandarte del 2.º se lo está peleando la guardia del regimiento con una niebla de cholos, no a tiros, sino a culatazos, guantadas y tirones, pedacito a pedacito. ¡Qué le diré patrón! Al ver esto sentí yo lo mismo que el día que me enganché allá en el pueblo y habló el futre de la estación; y casi sin saber cómo, corrí solo hacia mi estandarte como si me hubiese vuelto loco. Iba corriendo con el fusil bien apretado cuando escucho una descarga cerrada y siento aquí, en el pecho como si me hubiesen dado un trancazo tan fuerte que me hizo dar mil vueltas y perder los sentidos. Cuando volví en mí y levanté la cabeza, ya no estaban los que peleaban y del estandarte no había ni señas. Ahí cerca no vi sino un rimero de muertos hechos pedazos y chorreando sangre. Con la descarga me hicieron las dos heridas en la muñeca y en el hombro. ¡Así fué como me pegaron estos balazos, patrón!

Después, en la campaña, me vino esa fiebre de tiritones que todavía me da, y me mandaron a Chile.

Cuando llegué aquí me encontré solo, sin casa y sin mujer, porque la pobre Tránsito se había muerto de vi-

ruela. Y así estoy solo desde hace más de veinte años, sin nadie en este mundo, viviendo aquí y allá. ¡Qué hacerle! Esa habría sido mi suerte!

—Y ¿qué sacaste de la guerra?

—Nada más que este brazo malo y las malditas tercianas que no me dejan, contestó sencillamente.

Durante esta relación, el sol se puso; el crepúsculo manchaba ya de sombras el horizonte; las primeras estrellas principiaban a brotar dulcemente en el cielo. Regresamos en silencio.

Y al llegar a las casas le digo:

Pásame tu mano.

Me la tiende en silencio y yo estrecho con fuerza, en la obscuridad aquella diestra mutilada de un héroe humilde e ignorado como tantos otros...

Un carácter

A Gustavo Valledor S.

Esto que hoy relato pasó en la lejana aldea de X, allende el Maule, vecina al pueblo donde yo vivía.

El reo está frente al juez. Es un hombre como de cuarenta y cinco a cincuenta años, de larga y espesa barba negra, nariz aplastada, frente estrecha, carnosa, surcada de arrugas, ojos biscos y mandíbula inferior saliente y temblorosa. Su cuerpo es fuerte y robusto, aunque deforme: los brazos extremadamente largos, las espaldas anchas y gruesas y las piernas muy cortas, torcidas en forma de arco. Viste un raído y manchado pantalón de mezcla, una camisa de tocuyo y un harapo en forma de manta. Los pies desnudos. Ha entrado cojeando a causa de los grillos y de su natural deformidad, con la cabeza baja y la frente contraída, como sumergido en una profunda abstracción.

Al llegar al medio de la sala, ha levantado la vista y paseando una larga mirada por toda la habitación.

El juez lo contempla fijamente y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

Tarda un instante en contestar y, al fin, responde con voz ruda y sonora:

—No sé.

—¡Cómo! ¿No sabes?

—En el pueblo me llaman Juan, «Juanito», contesta con indiferencia.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre.

—¿Y tu madre?

—No tengo madre.

—¿No tienes pariente alguno, entonces?

—Soy solo—dice sencillamente y vuelve a inclinar la cabeza sobre el pecho.

El juez permanece un instante en silencio. En seguida le dice:

—¿Tú mataste al señor Gómez?

—¿Sí, señor, yo lo maté; yo le deshice la cabeza a garrotazos hasta hacerle saltar los sesos y quebrarle todo el cuerpo con ese palo que hay sobre la mesa. Mucho tiempo lo esperé para matarlo detrás de la cerca... Ahí me pasé varios días. Bien sabía que al fin había de verlo solo. Y cuando lo ví que venía para su quinta me le fui encima con ese palo y le pegué hasta dejarlo convertido en una masa. ¡Así lo hice, señor juez!

Al terminar, la mandíbula inferior del reo tiembla ligeramente.

Un largo silencio sigue a estas palabras.

—¿No sabías entonces que té habían de fusilar?

—Sí, lo sabía, señor, pero lo que hice hecho está y ¡ni el mismo Dios lo podría deshacer! Pero antes que me condenen, quiero decir algo a Su Señoría. Diré lo que tengo aquí, en el pecho. A nadie importa lo que tengo que decir, pero escúcheme, se lo ruego. Él era un caballero principal, muy rico. Sí, él tenía mucha plata y casas, y padre, madre, mujer, muchos hijos. Todos lo querían a «él». Él comía bien, siempre; andaba abrigado. Debía pasarlo muy bien, digo yo. Yo no he dicho antes nada, por esto. Ahora yo no tenía que comer, sino lo que me daban, he tenido frío y hambre y nadie, nadie se ha acordado de mí. Yo he padecido todo sin quejarme. Y ¿qué hubiera conseguido? ¡Nada!

Pues, ahora quiero que Su Señoría oiga esto que voy a decir, y es que yo, que no tenía a nadie, porque, como ya lo dije, soy solo, había recogido del agua a un perro que se estaba ahogando, y le dí que comer y lo crié... Diez años vivimos juntos; y me acompañaba por los caminos a pedir limosna; y cuando no había qué comer, él no se separaba de mí hasta que venían los días buenos. Y ahora pregunto yo: ¿Los hombres hacen esto? No. Cuando falta la comida ellos se separan. Mil veces le pegaron a él por defenderme a mí. Me cuidaba, y yo lo quería más que a todo en el mundo. Sabía que una vez muerto él, nadie se acordaría ya más de mí, nadie jugaría conmigo, porque todos me odian y me desprecian. Y ahora, dígame Su Señoría: ¿por qué él, que era un caballero, a quien nada le faltaba, y yo un miserable infeliz, que no le había hecho ningún mal ¿por qué vino y me

buscó para matar al animal?... ¿Por qué él, que era tan rico, vino a quitarme mi única riqueza?

El animal era juguetón; y un día que el caballero pasaba frente al camino, le salió a ladrar. Entonces él sacó un trabuco y lo hirió, y lo mató. Murió, pues, y ¡quién lo creyera! al morir me conoció y meneaba la cola como haciéndome cariñol...

Se detiene un instante para tomar aliento; en seguida se inclina hacia adelante como avergonzado, y toma entre sus manos una de las hilachas de la manta y principia a retorcerla con fuerza entre sus dedos. Después continúa, con voz sorda:

—Ahora, yo quedé solo, y todo por culpa de ese hombre a quien jamás había hecho daño. ¿Para qué me servía la vida sin mi perro? Para nada. Y entonces creí que lo debía matar como él mató al animal: sin compasión, sin compasión. Y así fué, señor juez, como lo esperé y lo maté a palos!

Hice mal, lo sé; pero esa ha sido mi suerte; él mató al animal, ya debía matarlo a él. Porque yo siento aquí—continuó golpeándose con fuerza el pecho—algo que nadie puede comprender. Yo solo lo sé, y me lo guardo, y me callo. Y no diré más.

Pronuncia, esta especie de discurso, alzando grotescamente sus largos brazos, con voz grave y profunda e iluminado su horrible semblante por una sonrisa forzada.

El juez, entre tanto, se cubre la frente con las manos y parece reflexionar profundamente.

Crepúsculo

Regresaba de cazar una fría tarde de invierno y marchaba al lento paso de mi caballo al lado de la línea férrea, por un camino vecinal bordeado de sauces llorones. A mis espaldas, dejaba las azules montañas de la costa, donde el sol acababa de acultarse, y a mi frente se extendía el caserío del vecino pueblo de L.; más allá divisaba el panorama de la cordillera de Los Andes, que se destacan cubiertos de sombrías brumas, entre los largos y caprichosos filos de las pardas alamedas de los potreros y los caminos lejanos.

El día anterior había llovido, y todo lo que la vista abarcaba estaba cubierto de grandes charcas que brillaban rojas y sombrías, como transparentes manchas de sangre recién vertida, al reflejar el cielo poblado de espesos arreboles. De cuando en cuando, la rama de un árbol, que rozara al pasar, dejaba caer sobre mí una helada lluvia de pequeñas gotas de agua.

El día había sido bueno y mi morral iba repleto de patos y becasinas; pero me sentía fatigado, pues estaba en pie desde el amanecer, la caminata había sido larga y deseaba con ansias llegar luego a casa. Mi perro corría en libertad cerca de mí, husmeando nerviosamente entre las plantas acuáticas de los fosos que bordeaban la carretera. El verde de los campos se obscurecía poco a poco; plañideros balidos de ovejas, escapándose de algún lugar cercano, el ruido de una locomotora que se alejaba de la estación, el mugido de una vaca llamando a su cría, turbaban sólo la calma del anochecer. De repente, dominando todos estos rumores, resonó pausado y vibrante el son claro y distinto de la campana de la Iglesia del pueblo, que llamaba a la oración; y me imaginaba confusamente que las sombras se espesaban y caían con más rapidez alrededor de mí.

Esa sensación obscura e indefinible de inconsciente melancolía que infunde siempre el crepúsculo, parecía penetrar más hondamente en mi corazón, borrando por un instante todas las alegres impresiones de aquel día de caza. Dejé caer las riendas sobre el cuello de mi caballo y me entregué a vagas meditaciones...

Cuando volví de mi abstracción, todo a mi alrededor parecía haberse obscurecido de súbito: las aguas de los pantanos que atravesaba tenían un reflejo sombrío, casi negro; los tonos de las nubes, de rojos que eran habíanse tornados en cárdenos y violáceos, y grande manchas oscuras teñían la nieve de las lejanas montañas. Sobre mi cabeza, añosos sauces entrelazaban sus ramas, haciendo más densa la obscuridad; una helada bruma se

elevaba lentamente de la tierra, velando a intervalos el paisaje.

Encontrábame ya en los linderos del fundo a donde me dirigía, y a lo lejos divisaba la borrosa silueta del arbolado que circundaba las casas, cuando no lejos de mí oí resonar una voz gruesa, de acento imperioso e irritado que decía:

—Vamos andando luego, y dejarse de lamentaciones. Allá, donde el juez, alegarán todo lo que quieran.

Bajo las desnudas ramas de un gran peral que se erguía al lado de una choza derribada y abandonada, en una especie de plazoleta cubierta de trozos secos, había un individuo a caballo en el que reconocí al administrador del fundo que atravesaba, don Munuel Tapia.

Montaba, como de costumbre, un hermoso caballo de pequeña alzada, de pura raza chilena, y la indecisa luz del crepúsculo me permitía ver su elevada estatura, su flamante indumentaria de *huaso*, y su rostro anguloso y duro, encuadrado en la larga e hirsuta patilla negra. No lejos de él, había dos bultos sombrío e inmóviles, que tenían a sus pies unos grandes haces de leña cuidadosamente listos.

—Vea, señor, me dijo don Manuel, aquí tiene a los que no me dejaban un palo en la cerca nueva; veinte veces la he hecho recargar de ramas para que no se pasaran los animales y siempre se las llevaban. Hacía mucho tiempo que andaba siguiéndoles las pisadas a los ladrones, hasta que hoy los he venido a pillar con las manos en la masa.

Mientras don Manuel hablaba así, yo observaba en silencio a los delincuentes.

Eran éstos un anciano y una mujercilla, a quienes conocía desde mi niñez, como inquilinos de aquel fundo.

En medio de la vaga penumbra que nos rodeaba, distinguía sus cabellos blancos, sus cuerpos descarnados, casi desnudos, débiles, temblorosos, cubiertos de andrajos; sus rostros surcados de arrugas, labrados por los años, la miseria y el trabajo. El viejo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, permanecía silencioso y absorto, como extraño a lo que le rodeaba, pareciendo ocuparse únicamente en doblar y retorcer una pequeña ramilla de árbol entre sus manos, entre sus manos callosas; la anciana, con la diestra apoyada en la mejilla, contemplaba fijamente los haces de leña tendidos a sus pies, sumergida en honda y dolorosa meditación. Entre tanto, don Manuel continuaba su filípica y decía con acento burlón y amenazador:

—Y ¿quién hubiera creído que este viejo don Núñez, que ya está para rendir sus cuentas a Dios, había de andar en estas cosas todavía? ¡Pero del *cogote* lo he de tener en la barra toda la noche para que aprenda a andar robándome la leña!

Al escuchar estas palabras, la anciana salió bruscamente de su abstracción, e irguiendo su encorvado cuerpillo avanzó rápidamente hacia donde yo me encontraba, temblequeando, al mismo tiempo que tendía hacia arriba sus largos brazos descarnados y sarmentosos, con violentos y convulsivos ademanes. Por fin, exclamó con

voz ahogada, silbante, en la que había una mezcla de sollozo y de alarido.

—¡Don Manuel, don Manuel, no acrimine más por Dios a ese pobre viejo que no se puede defender! Si hay culpa, yo la tengo... y le explicaré. ¡Pero Ud. tiene el corazón como las piedras; Ud., que también ha sido pobre!

Después volvióse bruscamente hacia mí y continuó:

—Patroncito, Ud., a quien he conocido desde mediano se compadecerá de estos pobres gusanos miserables...

Inclinó su enmarañada cabeza blanca, meditó un instante, y, en seguida, agregó:

—Señor, el año pasado se nos murió el último de los niños, Nicasio, el que salía con Ud. y lo acompañaba a cazar ¿se acuerda? Le dió la picada y no duró tres días. Así fué como nos quedamos solos con Núñez. Esto era a la entrada de este invierno. Una mañana, me acuerdo como si fuera ahora, Núñez, cuando se iba al trabajo viéndome que lloraba callada, me dijo: «Cruz ¿qué sacas con aflijirte así, a toda hora? Ya los niños se murieron; hay que conformarse con la voluntad de Dios... pero considera que ahí nos queda todavía ese pobre *huachito*, el hijo de Nicasio». Tenía sólo tres años, señor, y ya nos acompañaba a todas partes como un corderito. Cuando trajinaba por la casa y lo tomaba en brazos y se reía conmigo, me acordaba de mis hijos... Un día, hace de esto pocos meses, mientras el patrón estaba en Santiago, don Manuel, aquí presente, manda llamar a Núñez y le dice:

—Hombre, tú ya no tienes peones.

—No, pues, señor, desde que se murió Nicasio.

—Pues me buscas otra posesión porque necesito la que tienes.

—Y yo ¿no soy peón entonces?—le contestó Núñez. Don Manuel se rió y le dijo:

—Estás tan viejo que no pagas ni el pan que comes.

Y no hubo remedio, señor, porque nos tuvimos que ir. Piense, caballero, que aquí nos habíamos criado y trabajado, que aquí había vivido siempre nuestra familia como en lo propio... Al llegar a esta parte de su relación la anciana, don Manuel volvióse hacia mí y me dijo en voz baja:

—Lo que dice esta mujer es cierto, señor. Si yo hubiese sido el patrón los habría dejado aquí. Pero los negocios, son los negocios al cabo; y en un fundo bien tenido los que no trabajan están demás,—terminó con voz fuerte y decidida.

—Sí, don Manuel, continuó la anciana; por esos negocios que Ud. dice, tuvimos que salir de la hacienda a pedir un pan por los caminos para no morirnos de hambre. Ahora vivimos en un pajar que nos han dado aquí cerca para pasar este invierno. Allí estamos. Yo salgo todos los días por el pueblo a conseguir algo, porque a Núñez, por lo viejo, no lo quieren admitir en ninguna parte. Ayer, Núñez se fué temprano a buscar trabajo; yo salí después, y dejé en la casa al niño, durmiendo. Llegaba a medio día con muchas cosas que me habían dado, cuando veo una humareda muy grande; creo que es incendio y siento un olor como cuando están asando carne. Entro: veo la pieza blanca de humo y una cosa negra

en el suelo. Era el niño, señor. Lo tomo en brazos... lo remezco... era todo una llaga viva, vienen los vecinos... le echan agua... pero no vuelve, porque el pobre angelito estaba frío hacía tiempo. Ya en la tarde principiamos a arreglarlo todo para el velorio; me trajeron flores y ramas verdes. Cuando llegó este pobre viejo en la noche y vió las luces encendidas y todo aquel arreglo, la gente y que yo tenía al niño hecho una compasión en los brazos, se quedó parado en el umbral, sin *habla...* y no se atrevía a entrar. Al fin se sentó junto al fuego, y ahí se quedó toda la noche con la cabeza agachada. Le hablaba; no me respondía. Así está desde ayer. Hoy en la tarde le dije: ahora nos hace falta la leña para hacer la fogata; considera que hoy es el último día que lo vamos a tener en casa, y mañana bien temprano hay que llevarlo allá, abajo... Pareció que me entendía y me siguió para acá, donde nos pusimos a recoger estas ramas secas que estaban botadas por el suelo. Esta es la pura verdad, *patroncito*.

Calló la anciana, inclinó con fuerza la cabeza sobre el pecho, y me pareció escuchar después un sordo y profundo rumor de sollozos sofocados.

Cuando terminó esta larga relación, que fué pronunciada con voz trémula y entrecortada, y en ese tono elevado que parece un cantar monótono y plañidero, tan común en nuestros campesinos del sur, yo me volví hacia don Manuel que parmanecía con la cabeza desdeñosamente echada atrás, y le dije:

—Don Manuel, déjelos irse... ¡Al fin es una insignificancia!

Por toda respuesta, don Manuel se volvió hacia los dos ancianos y le dijo rudamente:

—Eso les pasa por dejar a los chiquillos solos en la casa. ¡No aprenden nunca...! Ahora tomen su leña y váyanse luego.

Ellos, no bien escucharon estas palabras, cuando con una agilidad de la que no se les habría creído capaces, se abalanzaron sobre los haces de leña, se los echaron a la cabeza y mascullando bendiciones y agradecimientos se marcharon rápidamente.

Entre tanto, don Manuel⁷ murmuraba entre dientes al ponernos en camino:

—Con este sistema, vamos a tener cerca alguna vez.

Y mientras me alejaba en medio de la calma religiosa de la noche, que caía rápidamente, me parecía que el cielo contemplara amenazador e implacable a la tierra envuelta ya en las sombras, velada por la niebla inmóvil que cubría por completo la muda extensión de los campos. Volví la vista hacia atrás, y allí, en lo alto de la línea férrea, divisé todavía a los dos ancianos que, encorvados, con sus grandes haces de leña a la cabeza, se perdían poco a poco en la bruma, como dos fúnebres siluetas de miseria y sufrimiento, bajo el cielo tempestuoso donde principiaba a brillar el oro de las primeras estrellas.

La señora

A Antonio Bórquez Solar

Hacía ya tres horas que galopaba sin descansar, seguido de mi mozo, por aquel camino que se me hacía interminable. El polvo, un sol de tres de la tarde en todo el rigor de Enero, el mismo sudor que inundaba a mi fatigado caballo, me producían una ansia devoradora de llegar, de llegar pronto.

Me volví impaciente hacia el muchacho que me acompañaba, diciéndole:

—Pero al fin ¿dónde está ese tal don Daniel Rubio?

—Es allí cerquita, a la vuelta de aquella alameda, me contestó, haciendo un lento signo con la mano y sin dejar de galopar.

A ambos lados del camino se extendían grandes potreros sin agua, cubiertos de un pastillo blanco que hería la vista, y donde los rayos del sol reverberaban con fuerza. A lo lejos, la enorme mole violácea de los An-

des, despojada de sus nieves, emergía con violenta claridad sobre un cielo sin nubes, pálido y brillante.

Y yo, inclinado sobre mi caballo, pensaba con desaliento en que ese viaje se convertía en un verdadero sacrificio.

En aquella época, mi padre, aprovechando mis ocios de vacaciones, ocupábame, de cuando en cuando, en contratarle bueyes para el trabajo de la próxima siembra. Y yo cumplía tales comisiones con placer, porque ellas me permitían emprender largas correrías a caballo por los alrededores. Muchos de estos viajes me proporcionaron la oportunidad de hacer más de una visita bien agradable para mis ilusiones de veinte años; varias veces regresé de estas peregrinaciones sintiendo no sé qué dulce nostalgia en el corazón, a la que tal vez no era extraña cierta cabellera negra o rubia que divisara, a la despedida, en el corredor, a través de la reja y los naranjos de una casa de campo... Según las informaciones que había tomado la víspera, don Daniel Rubio, a cuyo fundo me dirigía, era soltero; y en su casa nada había que pudiera halagar mis expectativas sentimentales.

De esta certidumbre provenían tal vez mi cansancio y mi mal humor.

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácaras, pastales de trébol, animales vacunos, aguas corrientes... De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel—me dijo el mozo.

Y yo me interesaba, contemplando el buen cultivo de la tierra, la exelencia de los cierros, mil pequeños detalles que revelaban la vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuabras tiene el fundo?—pregunté al mozo.

—Trescientas cuabras regadas. Principió arrendando, y ahora con su trabajo ha comprado estas tierras—me contestó.

Llegábamos ya al fin de la alameda, y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaba una huerta de hortalizas y un edificio, con esa arquitectura sencilla y primitiva, peculiar en nuestras antiguas construcciones campesinas: enorme techo de tejas, bajas murallas, anchos y sombríos corredores.

—Aquí es—me dijo el mozo, y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que daba a un caminito bordeado de acacias.

En el fondo de este camino, bajo la sombra de una ramada, al lado de un caballo ensillado, veíase un hombre con la cabeza inclinada, ocupado, al parecer, en arreglar una correa de la brida.

A pesar de los furiosos ladridos de un perro que salió a recibirnos y que mi mozo se esforzaba en espantar, el hombre continuaba afanado en su trabajo.

—¿Don Daniel Rubio está en casa?—pregunté con voz fuerte.

El hombre alzó la cabeza, fijó en nosotros una mirada tranquila y me contestó sosegadamente, con cierta reticencia:

—Con él habla...

Quien así me respondía era un individuo alto, obeso, poderosamente constituido. Representaba de cuarenta y cinco a cincuenta años, y vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos *de diablo fuerte*, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas que parecía cristalizada, mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraña. Contemplando esta fisonomía, involuntariamente me pasó por la cabeza esta frase vulgar: «No me gustaría encontrarme con este sujeto por un camino solitario».

—Nos han dado noticias que tenía bueyes—le dije.

—Sí, hay algunos—me contestó con indiferencia, volviendo el rostro a un lado.

—¿Podríamos verlos?—agregué.

Por toda respuesta tomó las riendas del caballo, que a su lado estaba, subió rápidamente y, seguido de nosotros, se dirigió al interior del fundo.

Durante nuestra excursión por los potreros, tuve ocasión de observar que mi acompañante era persona inteligente, en todo lo que a campo se refería; y esto lo demostró más de una vez en el curso de la conversación que sostuvimos con motivo del negocio de los bueyes. Sus modales eran rudos, como de hombre de pocas letras; sus palabras breves y terminantes; pero, a través de toda esta exterioridad poco agradable, había en su per-

sona no sé qué aire de honradez y de seriedad que, insensiblemente inspiraba respeto, ya que no simpatía.

Por fin el negocio se arregló satisfactoriamente, y la noche caía ya en el horizonte, cuando regresamos a la casa.

—Todo lo que usted a visto lo he formado yo con estas manos—dijo don Daniel, respondiendo a mis felicitaciones por el buen pie en que veía su hacienda.

—Usted se quedará a alojar—agregó; e interrumpiendo mis excusas llamó a un trabajador que por ahí andaba, ordenándole que desensillara los caballos.

Y, después, me dijo:

—No se apure, que hay donde tender los huesos. Pero antes que todo, vamos a mascar algo, que ya es hora; y nos dirigimos a la casa.

Después de atravesar el oscuro corredor, entramos a una pieza que daba al pasadizo y que servía de comedor.

La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza. No parecía aquel un comedor de soltero. Aquí y allá, sobre el mantel inmaculado, había grandes maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar; el vino brillaba en las garrafas de vidrio, y en las paredes vi diferentes estampas de santos que no dejaron de llamarme la atención.

A una indicación de don Daniel, me senté, sin cumplimiento a la mesa; pero luego tuve que ponerme de pie precipitadamente, porque frente a mí se abrió una puer-

ta y entró una persona. Era una anciana de cabellos blancos y elevada estatura, vestida de negro.

Me hizo una ceremoniosa reverencia, mientras don Daniel nos presentaba:

—La señora Carmen Mancilla, el señor...

En seguida ella se sentó a la cabecera de la mesa.

Yo observaba con interés a la recién venida.

En su rostro extenuado y pálido, con esa palidez luminosa de algunas personas extremadamente ancianas, en su hundida boca, en su fina nariz aguileña, en sus grandes ojos claros, vagaba una expresión de dulce tranquilidad. Parecía sonreír a cierto alegre pensamiento interior, mientras servía trabajosamente la sopa con sus largas manos temblorosas, donde resaltaban las venas y los nervios.

Se detuvo un instante, contemplándome curiosamente, como si buscara un tema de conversación, y, por fin, me dijo con una vocesita cascada:

—El señor, si no he oído mal, se llama (aquí dijo mi nombre) y debe ser pariente de los señores... (nombró a unos tíos abuelos míos, enterrados antes de mi nacimiento).

Al escuchar mi respuesta afirmativa, continuó con gran animación:

—Yo los conocí mucho cuando eran solteros...venían siempre a casa de mi marido. Entonces recibíamos mucha gente. ¡Qué alegres eran! Daniel ¿te acuerdas del baile que dió el gobernador? Pero, es verdad, tú no estabas con nosotros todavía. Bailamos hasta el amanecer, y en el corredor quemaban voladores. Recuerdo que a

mi me hicieron bailar *cueca*. Pero entonces los jóvenes eran muy corteses... Sus tíos, siempre que venían a vernos, nos traían grandes regalos...

Mientras la señora hablaba así, don Daniel la contemplaba con aire cohibido y obsecuente, echándose en silencio los bocados y sirviéndose, a cada instante, grandes vasos de vino. La única pupila que podía mover estaba inquieta, húmeda y brillante, y parecía decirme: —Escúchela con atención que vale la pena.

Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de miramientos, dirigiéndome signos de inteligencia, como indicándome que esa conversación sólo nosotros podíamos comprenderla.

De repente me dijo:

—¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno se casó en Santiago, y que ha tenido muchos hijos.

—¡Han muerto todos, señora, hace muchos años!

Al escuchar estas palabras, me contempló estupefacta, suspiró hondamente, se puso la palma de la mano en la barba, inclinó su cabeza blanca y pareció abismarse en sus reflexiones.

A medida que la comida llegaba a su fin, hacíaase más notable el contraste que formaban los modales finos, insinuantes, casi aristocráticos de esa viejecita, con los desmañados y selváticos de mi huésped. Observé que el rostro de éste estaba encendido por las frecuentes libaciones y que poco a poco salía de su mutismo hablando de diferentes tópicos.

Por fin, la anciana se levantó de su asiento y me tendió su fría y descarnada mano, diciéndome:

—Usted se queda esta noche. Voy a arreglar algo allá adentro... En seguida volvióse hacia mi huésped e inclinándose a su oído, le dijo en voz baja:

—No bebas mucho. Cuidado con las enfermedades...

Cuando ella salió, el tosco y moreno semblante de don Daniel parecía iluminarse con una sonrisa, sus pupilas se velaban dulcemente y sus gruesos labios temblaban como si deseara decirme algo.

Comprendí que el vino principiaba a hacer su efecto. Al fin, rompí el silencio diciéndole:

—¿La señora no es su madre?

—No.

—¿Su parienta tal vez? Y perdone...

Don Daniel aproximó en silencio una botella, llenó hasta los bordes los vasos, bebió el suyo de un sorbo, y, limpiándose los labios, contestó:

—No, señor, la persona que usted ha visto no es mi madre, ni mi parienta, es la señora, la señora de esta casa—concluyó con un acento en que vibraba cierto orgullo indefinible, dando un ligero golpe sobre la mesa.

Después se pasó la mano por la cabeza como indeciso, y mirándome fijamente, con aire resuelto, siguió diciendo:

—Como usted lo ha de saber al fin, si es que ya no lo sabe, voy a contarle lo que hay en esto. Y para principiar, le diré que yo, aquí donde usted me ve, no he conocido padre ni madre; soy de esos que nacen en cualquier parte, sin saber cómo. Hasta la edad de siete años

lo he pasado por ahí, como los perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndole a ella y a sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla en la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la escuela, porque era una señora como ahora no las hay. Después yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que me vino a mano: se necesitaba un albañil, allí estaba yo; se necesitaba un herrero, pues a buscarme; y así fuí formando mi capitalito. Eso sí, no me he casado nunca, porque las mujeres... en fin, no hablemos de ellas. Pasaron los años y los años; y yo siempre iba a ver a mi señora, llevándole cualquier regalito. Al fin su marido murió y sus hijos se casaron. El caballero había sido gastador, como caballero que era, y no dejó casi nada. Después los pleitos, los tinterillos y todo lo demás que usted sabe, fueron llevándose lo poco que quedaba, y aquí tiene usted a mi señora sin tener un mal pan que llevar a la boca. Yo, que estaba arrendando entonces este fundo, que después fué mío, sabiendo que ella estaba en casa de una amiga, digamos como de limosna, me fuí allá, me presenté y le dije: —Señora, no permito que usted ande sufriendo. Véngase a su casa, a la casa de *su chino*, que ahí nada le faltará. Usted será la señora, como siempre lo ha sido. No me desprecie. Y ella se levantó, la pobre vieja y vino y me abrazó llorando, y aquí tengo a mi viejecita hasta que se muera: ella es mi madre, todo lo que tengo en el mundo... Y si yo trabajo y gano algo, es para dárselo a ella!

Al terminar este relato, don Daniel inclinó su gruesa cabeza gris y se cubrió la frente con las manos.

Después se levantó bruscamente, me dirigió una mirada torva y murmuró entre dientes:

—Usted estará cansado y ya es hora de dormir.

Y en silencio fué a indicarme la pieza que se me había preparado.

Al día siguiente desperté temprano. En el corredor oía ruido de espuelas. Me vestí con presteza y salí de mi habitación. Allí estaba don Daniel paseándose.

Tomamos el desayuno hablando de cosas indiferentes. Por fin, me despedí y monté a caballo.

Alegremente cantaban los pájaros. El fresco aire de la mañana parecía infundirme una vida, una fuerza extraña.

Y pensaba vagamente en que tal vez esa alegría, que sentía desbordar en mí con los primeros rayos del sol, la debía a haber estrechado la mano de ese hombre de cuya casa partía.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	5

PRIMERA PARTE

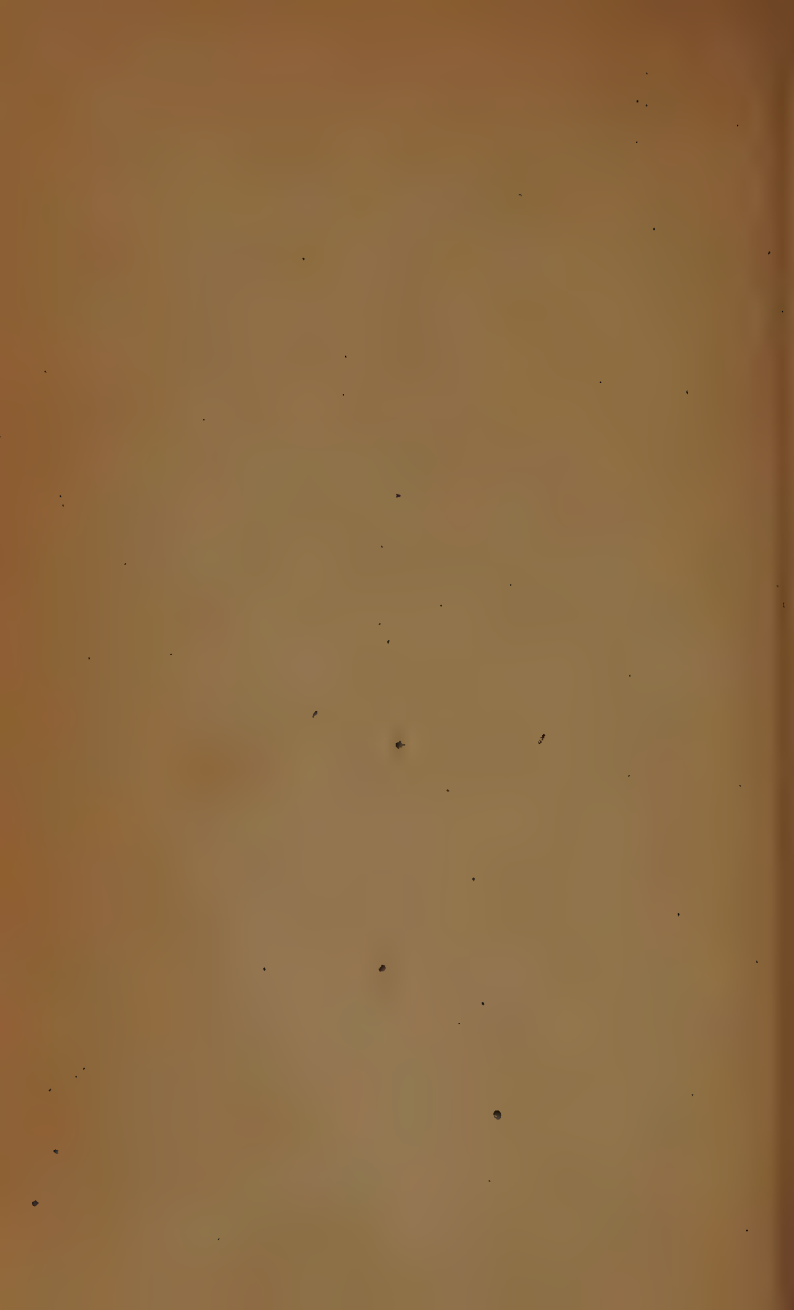
Cuentos inéditos, y recopilados de Revistas y Periódicos

Confidencia.....	13
Un amigo.....	19
Los pescadores.....	27
La historia del pobre Giuseppe.....	37
Vísperas de boda.....	45
La Jorobada.....	67

SEGUNDA PARTE

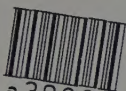
Días de campo

La casa.....	83
La Maiga.....	87
En las montañas.....	99
Casa vieja.....	111
Paulita.....	123
El farastero.....	137
El clavel rojo.....	149
Candelilla.....	157
Un carácter.....	171
Crepúsculo.....	177
La señora.....	187

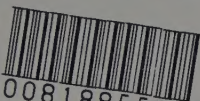


863.67
G195
1926

863.67 G195 1926



a39001



008188552b

OBRAS DE LA EDITORIAL NASCIMENTO:

Se remiten a vuelta de correo contra giro postal o letra

Gabriela Mistral, «Desolación»	\$ 8.—	J. Edwards Bello, «La Muerte de Vanderbilt»	\$ 6.—
Federico Gana, «Cuentos Completos»	6.—	«Cuentos de Todos Colores»	5.—
Mariano Latorre, «Uly»	5.—	Armando Mooch, «Sol de Amor»	6.—
«Zurzulita» (Novela)	6.—	Stoddard, «La amenaza del Sub-Hombre»	4.50
«Sus mejores Cuentos»	6.—	O. Swett Marden, «Voluntad de Acero»	2.50
Salvador Reyes, «El Último Pirata»	6.—	«Cada Hombre un Rey»	5.—
Pedro Sienna, «El Tinglado de la Farsa» (Poesías)	6.—	«Puede el que cree que puede»	5.—
«La Caverna de los Murciélagos» (Novela)	6.—	Vives Solar, «Rapa Nui»	3.50
Dr. Valdés Cange (Alejandro Venegas) «Por Propias y Extrañas Tierras»	6.—	Guerra Junqueiro, «Sus mejores Poemas»	6.—
Eusebio Lillo, «Poesías»	6.—	Amado Nervo, «Sus mejores Poemas»	6.—
Pedro Antonio González, «Poesías»	6.—	Armando Donoso, «Nuestros Poetas» (Antología)	10.—
Teresa Wilms Montt, «Lo que no se ha dicho»	6.—	«Bilbao y su tiempo»	4.—
Rafael Maluenda, «La señorita Ana»	5.—	«El alma de Alessandri»	4.—
«La cantinera de las trenzas rubias»	5.—	«Las mejores Poesías para la Declamación»	6.—
Eduardo Barrios, «El niño que enloqueció de amor»	4.—	Effie A. Rowland, «Ambición de Madre» (Novela)	5.—
«Páginas de un Pobre Diablo»	6.—	Vicuña Mackenna, «Seis Años en el Senado de Chile»	2.—
Víctor Domingo Silva, «Palomilla Brava»	6.—	Pedro Prado, «Un Juez Rural»	6.—
«Golondrina de Invierno»	5.—	«Androvar» (poema dramático)	5.—
«Sus Mejores Poemas»	6.—	Pablo Neruda, «Veinte Poemas de amor y una Canción Desesperada»	6.—
César Cascabel, «Cien Nuevas Crónicas»	5.50	«El Habitante y su Esperanza»	4.—
«Reflexiones de un Optimista»	6.—	Anatole France, «Páginas escogidas»	6.—
Daniel de la Vega, «Las Montañas Ardientes»	2.50	A. L., «Hogar» (Novela)	4.—
«La música que pasa»	2.50	Romain Rolland, «Mahatma Gandhi»	6.—
«Los Horizontes»	4.—	Juan Guzmán Cruchaga, «Agua de Cielo»	6.—
«La Luna Enemiga»	3.—	Henri Ardel, «Corazón de Escéptico»	5.—
«Un año de Inquietud»	6.—	«Cómo se juega al Football» con ilustraciones y el reglamento oficial	2.—
Vicente Huidobro, «Vientos Contrarios»	6.—		
T. Gatica Martínez, «Los Figurones» (Novela)	5.—		
«Fili» (Novela)	6.—		
Senén Palacios, «Hogar Chileno»	8.—		